

Jaime Semprún

EL ABISMO SE REPUEBLA



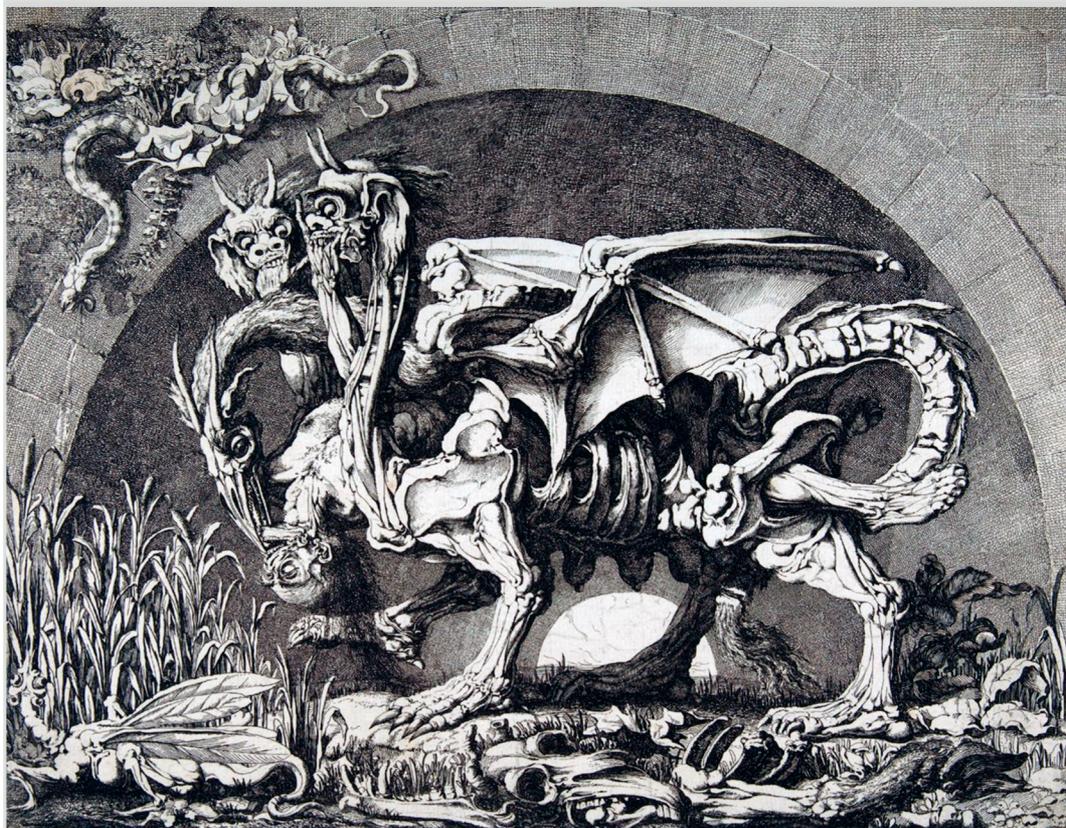
El abismo se repuebla es un libro que marca un punto de inflexión en el pensamiento crítico revolucionario.

Las cosas que la gente no tiene ganas de escuchar, que no quiere ver aun cuando estén bien a la vista son entre otras las siguientes: primero, que todos los perfeccionamientos técnicos que han simplificado la vida hasta eliminar de ella casi todo lo realmente vivo, fomentan algo que ya no es una civilización; segundo, que la barbarie surge, como algo natural, de esta vida simplificada, mecanizada y sin espíritu; y, tercero, que, de todos los resultados terribles de esta experiencia de deshumanización a la que la gente se ha prestado de buen grado, el más aterrador de todos es el de su descendencia, ya que este es el que, en resumidas cuentas, ratifica todos los demás.

Por ello, cuando el ciudadano-ecologista se atreve a plantear la cuestión que cree más molesta preguntando: «¿Qué mundo vamos a dejar a nuestros hijos? en realidad, está evitando plantear otra realmente inquietante: «¿A qué hijos vamos a dejar el mundo?

JAIME SEMPRUN

El abismo se repuebla



[pepitas ed.]

Jaime Semprún

EL ABISMO SE REPUEBLA

Traducción de Tomás González López

Fue publicado por primera vez en Francia en 1997 por la editorial Encyclopédie des Nuisances con el título original *L'abîme se repeuple*

Imagen de portada original: Louis lean Desprez



[pepitas]
de calabaza

Edición: Pepitas de calabaza

<https://www.pepitas.net/>

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho /biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Acerca del autor

PRÓLOGO

El abismo se repuebla es un libro que marca un punto de inflexión en el pensamiento crítico revolucionario, cerrando una etapa de balance que debutó con la revista *Encyclopédie des Nuissances* (EdN) y el libro de Debord, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Constituye un nuevo momento de la reflexión teórica coincidente con la entrada en una época oscura donde la sinrazón ha llegado a su punto más alto; la destrucción del medio obrero, la entronización de una sociedad de masas, la globalización de los mercados y el salto tecnológico hacia adelante, tienen su correlato en el descenso abrupto de la crítica social hasta casi su práctica desaparición. Se ha alcanzado el grado cero de la conciencia histórica, el ser social ha sido completamente demolido por la seudofilosofía posmoderna y la ausencia de perspectivas es el mal común de los conflictos contemporáneos. Lo existente va siendo administrado y controlado institucionalmente mientras es colonizado y transformado por la mercancía. El triunfo del capitalismo obliga a un nivel de lucidez fuera de lo común sin el cual las luchas venideras, sin referentes, girarán en torno a sí mismas y se consumirán en el fuego de la desmoralización. La victoria

completa del capitalismo coloca al pensamiento crítico en el lugar ocupado anteriormente por la lucha de clases. Nada es posible sin una vuelta a la teoría, que siempre será una teoría para la acción. La realidad ha de realizarse en el pensamiento pero no abolirse en él. Por lo tanto no se tratará en absoluto de un repliegue en la pura especulación, sino de un contraataque cuya primera fase es reflexiva.

Jaime Semprún aspiró siempre a restablecer el gusto por la verdad en la sociedad de la falsificación. Para eso, daba una patada al hormiguero de la resignación unánime y fustigaba con rudeza los espejismos ideológicos con que los dueños del mundo y la falsa oposición intentaban justificarla. Decía cosas desagradables que nadie quería escuchar, pues en un mundo puesto del revés casi todos intentan ignorar la realidad, prescindir de la razón, disfrutar de la inconsciencia y huir de la historia. La actitud desafiante de Jaime le valdrá acusaciones de derrotista ilustrado, conservador elitista, intelectual crepuscular, antisituacionista... Con Orwell, un ejemplo a seguir, hicieron peor. Y al igual que él, Jaime tomó partido contra la dominación sin hacer la más mínima concesión ni permitirse la menor escapatoria. En un momento en el que la humanidad se alejaba de sus bases racionales Jaime reivindicaba la razón, actuaba “en nombre de la razón”, pero no como esteta de la libertad o como intelectual de la decadencia, sino como atizador de los rescoldos de una hoguera que esperaba reavivar. Su apoyo, por ejemplo, a la insurrección de los *Aarch* en Argelia, confirma esa actitud.

En realidad, sus palabras reflejaban un realismo y una profunda radicalidad que no dejaba sitio para ilusiones, la única forma

de abrir horizontes y dar una base sólida a la práctica revolucionaria. Sus conclusiones, siempre en el filo de la historia, no autorizaban un optimismo sin sentido, pero tampoco obligaban al pesimismo. Jaime escribía para cambiar el mundo, no para acomodarse a él. El problema es otro. Como indica Horkheimer en *Hacia un Nuevo Manifiesto*, al paralizarse el movimiento real que suprime las condiciones existentes, al desaparecer el sujeto histórico –el partido–, quedaría cancelada la razón básica de la teoría y se trabajaría hacia lo incierto. Ante una deriva catastrófica sin sujeto, la tentación de atrincherarse en lo negativo y convertir la crítica en un fin en sí es un hecho, pero la finalidad de Jaime desde que fundó la EdN siempre fue otra, la de forjar una corriente crítica que supiera encontrarse con las fuerzas que se originasen en las luchas del fin del mundo. Lo que pasaba es que, dados los progresos de la alienación y la disolución de las clases, la tarea iba a ser mucho más ardua que en el pasado. La constatación de la aplastante derrota del programa manumisor del proletariado no determinaba un rechazo de la revolución, sino la reafirmación de su necesidad, ya que era la única salida racional a la barbarie a la que nos conducía aceleradamente el tren de la masificación y del progreso. Con mayor razón, el papel de los revolucionarios no consistiría en vender humo prometiendo una revolución para el día de mañana, sino en hablar claramente y sin ambages de las posibilidades reales de tal eventualidad.

El abismo se repuebla fue una síntesis de bastantes lecturas, discusiones, proyectos fallidos y análisis anteriores. En cierta medida, fue el n° 16 de la revista *Encyclopédie des Nuisances* que nunca vio la luz como cuaderno. Paradójicamente, el periodo de la EdN que culmina con el libro fue un periodo activista. A decir

verdad, la EdN, había apostado siempre por el retorno de las luchas sociales en su forma habitual, confiando sucesivamente en las huelgas estudiantiles de 1986, en las luchas antiburocráticas de los países del Este, en los rebeldes de Tiananmén, en las revueltas de los suburbios sudafricanos, etc. A finales de los ochenta el pequeño grupo editor de la revista había establecido relaciones con diversos individuos y colectivos empeñados en luchas contra la nocividad. Las protestas contra las centrales nucleares –Nogent sur Seine–, contra las presas en el Loira –Serre de la Fare–, contra la contaminación de las plantas de reciclado de basuras –Salzuit–, contra la construcción de autopistas –Saint Georges d'Aurac– y líneas ferroviarias de alta velocidad –Nantes–, contra la destrucción de barrios populares –Belleville–, contra *Agropolis*, una institución estatal para el fomento de la agroindustria –Montpellier–, etc., inducían a esperar la formación de una fuerza social radical de nuevo cuño en relativamente poco tiempo.

El combate contra la nocividad era el verdadero crisol del nuevo sujeto de la historia, el que fijaría en su programa de liquidación no la reapropiación de los medios de producción, sino la reapropiación de la vida. El trabajo teórico de los enciclopedistas, sin dejar del todo la estela situacionista, más bien aplicando el método de la Internacional Situacionista en condiciones nuevas –por ejemplo, con un movimiento obrero domesticado y atemorizado–, cristalizaba en una crítica antiindustrial. Dicha crítica implicaba, entre otras cosas, la crítica del ecologismo, principal ideología de la contestación parcial en ese momento, coartada de una especie de sindicalismo de la vida cotidiana, en consonancia con la rehabilitación verde de la dominación. Los “ecolócratas” actuaban como intermediarios

en la gestión de los desastres de la demencia económica, ignorando las causas, es decir, como aliados del desarrollo productivo regulado por el Estado, una vez dispuesta la clase dirigente a integrar el coste de la nocividad –la “degradación del medio ambiente”– en el precio del producto industrial.

Una coordinación se impuso, y por consiguiente, unas bases claras de funcionamiento. El folleto *Mensaje a todos aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla*, publicado en 1990, sirvió de plataforma teórica de la Alianza por la Lucha contra toda Nocividad, que se daba la tarea de intervenir en las protestas antiindustriales para hacer consciente el carácter históricamente determinado de la nocividad, fruto de una producción separada que afectaba a todos los aspectos de la vida. En un texto para el debate –de 1991 o 1992– titulado *Contribución a la definición de una plataforma de acuerdos mínimos para la organización de una tendencia revolucionaria en la lucha contra la nocividad*, se afirmaba con rotundidad que no había “problema natural o ecológico, sino solamente [cuestión social] que resurge universalmente en la crisis de la apropiación de la naturaleza por la sociedad existente (...) La lucha contra la nocividad es el terreno en el que se plantea práctica e internacionalmente la cuestión social”. De manera general, en ese terreno había “de apoyarse todo lo que favoreciera la apropiación directa por los individuos asociados, de su propia actividad, empezando con su actividad crítica contra tal o cual aspecto de la producción de nocividad, y [había] de combatirse todo lo que contribuyera a desposeerles de los primeros momentos de su lucha y les sumergiera en la pasividad y el aislamiento”. En definitiva, “el movimiento contra la nocividad triunfará como movimiento

proletario, antiestatal y antieconómico, o no triunfará”. La Alianza intentó estar presente en el mayor número posible de conflictos con el objeto de volverlos mejores o, al menos, de dar a conocer su posición. Publicó una declaración, algunas hojas volanderas, un folleto que logró una cierta difusión, la *Relación provisional de nuestros agravios contra el despotismo de la velocidad* con motivo de la extensión de las líneas del Tren de Alta Velocidad (TAV), y tres números de un boletín.

La experiencia de la Alianza no tuvo los resultados esperados. Por encima de las diferencias personales que pudieron darse, la cuestión era que las luchas contra la nocividad, aunque ocasionaban grandes movilizaciones, eran demasiado débiles y estaban demasiado autolimitadas para que el antagonismo radical contra la dominación se hiciera consciente entre sus protagonistas, favoreciéndose en cambio todo tipo de vanas esperanzas, seudoliderazgos y manipulaciones. Además, la tesis de que en breve toda la población iba a verse obligada a combatir, bien a cuenta de otros o bien por su cuenta, se iba a revelar demasiado optimista. La mayoría sencillamente rehuía el combate, no habíamos ya de enfrentarse al Estado; por consiguiente, el desmantelamiento de la producción de mercancías nunca llegó a plantearse seriamente en público. Jacques Philipponneau, en un texto interno, dejaba constancia de que “pasados tres años desde las primeras discusiones [de la Alianza] es evidente que no quedan terrenos prácticos donde podamos ejercitar nuestras capacidades”¹. En paralelo, los motines desnortados de los jóvenes de las periferias urbanas daban pie a una reflexión alarmante sobre las consecuencias de

1 *Notas sobre el estado de la unión*, 15 de febrero de 1994.

las revueltas inconscientes de los “excluidos” del mercado, el “pueblo del abismo”: “al no lograr alinearse con un proyecto social universal de reapropiación del ‘mundo extraño’ del espectáculo –sobre la base de la reapropiación de la producción–, cayeron en la trampa de una apropiación inmediata y limitada sobre la base de los particularismos existentes mantenida y reproducida por la mercancía –separaciones jerárquicas, divisiones raciales, adscripciones étnicas y mafiosas, etc.–”².

La lectura de *El Talón de Hierro*, de Jack London, hizo replantearse el concepto de “abismo”. Ya que la marcha del mundo hacia el derrumbe era ineluctable, y que para los dirigentes el problema no era otro que el de administrar la catástrofe o, en el límite, dejarla consumarse, el Estado podría sacar partido de los movimientos esporádicos y desesperados de las masas relegadas y amontonadas en las coronas metropolitanas como consecuencia de dicha catástrofe, justificando políticas de excepción típicas de los regímenes dictatoriales y fascistas.

La supervivencia del sistema exigía un control de la población cada vez mayor, libre de las ataduras de los restos de la antigua legislación garantista. Así se consumaban los tiempos modernos. El pueblo del abismo, incapaz de organizarse para destruir al sistema, aunque sí para parasitarlo, podría ser el enemigo público mediático al que neutralizar con la implantación permanente de medidas de urgencia por una plutocracia cualquiera –por un “talón de hierro”–.

Por supuesto, dentro de ese brumoso enemigo cabrían los

2 *El pueblo del abismo*, 28 de diciembre de 1993, texto de Jaime para uso interno que servirá de material para *El abismo se repuebla*.

auténticos subversivos que bregaban contra la nocividad; de esta forma los revolucionarios, desgraciadamente aislados, quedarían expuestos a montajes para involucrarlos en conspiraciones truculentas y actos de terror.

Con el fin de poner trabas a tales maniobras, la solución defendida en la EdN por Jaime fue la de expresar sus objetivos generales de la forma más nítida, sin diplomacias ni disimulos, a plena luz del día. Esa era la tarea principal de las ediciones de la EdN, la forma menos complicada, y sobre todo más pública, de una corriente crítica, minoritaria pero tenaz, capaz de crear sus propios medios de existencia. El antiindustrialismo quedó reafirmado con la publicación de la *Relación del Envenenamiento perpetrado en España y camuflado con el nombre de Síndrome del Aceite Tóxico*, de Jacques Philipponneau, *La Era del Sucedáneo*, de William Morris, *La Vida en Tierra*, de Baudoin de Bodinat, y *La Sociedad Industrial y su Futuro*, de Theodore Kaczynski, al que los medios oficiales apodaban “Unabomber”. Sin embargo, habría que “prepararse *al mismo tiempo* de forma completamente distinta para afrontar una situación nueva (que bien puede ser un estado de excepción decretado a causa de una catástrofe mayor), organizando desde ahora todo lo que necesitaremos en materia de relaciones, impresión, difusión, etc.”³.

Jaime desarrolló una teoría de la descomposición según la cual una revuelta ciega, sin pensamiento, conducía inexorablemente a un escenario mafioso y militarista. El caos jamás alumbraría una revolución: el Estado y su policía eran los primeros

interesados en “su perpetuación controlada, útil para justificarse, pues les confiere la única función legítima a su alcance, la de evitar lo peor”⁴. Como corolario, añadía una crítica acerba, sin contemplaciones, a las algaradas de la juventud de los suburbios, mera descomposición del lado negativo del sistema y espantajo para timoratos. Esta fue interesadamente malinterpretada por quienes esperaban a distancia el advenimiento de un sujeto revolucionario en los guetos suburbiales, que la tacharon de reaccionaria. Para Jaime, ni siquiera la calificación de suburbios era correcta, dado el carácter de “suburbio total” de las antiguas ciudades –Charbonneau–, totalidad por supuesto, troceada y reordenada jerárquicamente en pedazos. Su demolición de la retórica situizquierdista era ciertamente imperdonable a los ojos del experto en radicalidad ajena, pero Jaime no condenó jamás las revueltas, ni tampoco la rabia que mostraban, ni siquiera su nihilismo espontáneo incapaz de resolver el “problema”, ya que la única solución posible, la destrucción de todo su entorno opresivo, requería la presencia de un movimiento revolucionario. La idealización del abismo no era de recibo, resultando útil solo para ocultar problemas reales, útil pues únicamente para la dominación.

Entre 1992 y 1995 fueron concebidos distintos proyectos como el *Panfleto contra los científicos*, el *Panfleto contra la Biblioteca Nacional* –sueño faraónico de Mitterrand–, una especie de “Sociedad de la nocividad” compuesto exclusivamente de citas de la revista, un poco al estilo de Benjamin en *Personajes Alemanes*, y por supuesto, la continuación del segundo tomo de la EdN, para lo cual se

4 *Ibidem.*

confeccionó una lista de posibles artículos junto con sus respectivos contenidos. Solamente el n° 16 alcanzó un esbozo bien razonado, que incluía la redacción provisional de dos artículos, *Abrigo* y *Abrial*, este último en referencia a un burócrata oportunista, primero al servicio de Napoleón y luego al de la monarquía restaurada, como figura ilustrativa del renegado. En un texto preparatorio de 1994 donde por vez primera aparece una rúbrica con el título de *El abismo se repuebla*, se decía: “Hay que dejar de albergar ilusiones sobre un movimiento social que no solo no existe, sino que tampoco hay condiciones para ello. Al contrario, falta proceso acumulativo, memoria, intentos de federación, desarrollo de una crítica unificada y coherente (e incluso rechazo a una crítica llegada desde ‘fuera’, a pesar de un acuerdo platónico), falta de adquisición de medios organizacionales, etc. Todo lo cual señala una victoria, más completa de lo que hubiéramos pensado, de la falsa conciencia antihistórica.”⁵ La falsa conciencia se generaliza gracias al miedo. Las tareas a plantear serían las siguientes: “Hemos de restaurar imperativamente entre nosotros mismos la capacidad de anticipación de los revolucionarios mejores en los periodos más sombríos, ver lo que deviene en lo que es, es decir, lo que se ha dado en llamar imaginación dialéctica (...) hay que preparar al máximo de gente, comenzando por nosotros, para plantar cara, al menos en términos de autodefensa. Cualquier otra ‘solución’ implica abdicar a la razón: salto en la mística o repliegue hacia la intimidad.”⁶

La incapacidad de los enciclopedistas en llevar a cabo una

5 Notas para un n° 16 de la EdN, sin firma, pero indiscutiblemente obra de Jaime.

6 *Ibidem*.

redacción colectiva dio la puntilla a la revista, pero todos estos desarrollos serán utilizados en el libro del *Abismo*.

La actividad editorial se sirvió durante un tiempo del debate y la elaboración común de textos críticos, como demuestra el hecho de que *Las Observaciones de la Parálisis de Diciembre de 1995* fuesen firmadas por la EdN, como si de un colectivo formal se tratara. El libro exponía los cambios inducidos por la globalización y anunciaba el final de una desposesión confortable. En cuanto a la huelga general en sí, la convergencia de partida con las burocracias sindicales impedía la emergencia entre los proletarios de una conciencia de la situación real de la sociedad; las luchas que no apuntaban a fines superiores a los meramente defensivos dentro de una economía no criticada, se autoanulaban en sus limitaciones. Al no quedar nada mínimamente “reapropiable” en la producción, desaparecía la perspectiva autogestionaria, y con ella, la capacidad de ofensiva de los trabajadores. El movimiento de diciembre sentaba pues el fin de la clase obrera industrial como fuerza de transformación social, incapacitada para criticar la naturaleza de la actividad laboral incluso desde formas organizativas no sindicales, y forzada por el miedo a contemplar a distancia una huelga que otros hacían en su nombre “por poderes”. La “clase” no era más que un mito, una abstracción ideológica sin relación alguna con la realidad, apropiada para marxólogos y arribistas retrasados que todavía soñaban con dirigirla. Las esperanzas recaían nuevamente en la lucha contra la nocividad y las *Observaciones* fueron reeditadas en poco tiempo, señal de un aumento de la audiencia de la EdN. A pesar de todo, la producción masiva y descontrolada de nocividad no había provocado la constitución de un movimiento social con la energía necesaria

para contrarrestar el desastre al que abocaba el industrialismo. Bien al contrario, dicha fuerza de cambio radical no existía en ninguna parte. De todas formas, por débiles, mistificadas y parasitadas que fueran, tales luchas constituían el único terreno para un debate verdadero capaz de juzgar históricamente la sociedad dominada.

Las discusiones habidas en la preparación de la edición española de las *Observaciones* pusieron de relieve la formación de un “partido de diciembre” compuesto por los ejecutivos menores, funcionarios, empleados públicos y demás asalariados, los perdedores en el devenir-mundo de la mercancía, las nuevas clases medias, defensoras de una vuelta al periodo capitalista anterior, al “estado del bienestar”, forma de la supervivencia tranquila y administrada sin sobresaltos bajo un capitalismo nacional, a la sombra del cual dichas clases se habían desarrollado.

El tema también fue planteado en la discusión de diciembre de 1996, en París, del manifiesto de Kaczynski: feroz alegato contra la sociedad industrial y el sistema tecnológico que la hacía posible. Fue una de las últimas reuniones de trabajo del colectivo enciclopedista, extendido a la gente de la Alianza –ya disuelta como tal– y a individuos afines. Los asistentes tenían que responder además a dos grupos de preguntas formuladas por Jaime Semprún y Miguel Amorós, en una hoja firmada el 30 de agosto de 1996, que resumían toda la problemática sobre la que pivotaba la crítica antiindustrial:

1. “Si se acepta igual que ‘Unabomber’ que toda emancipación humana pasa hoy por la destrucción del sistema industrial ¿qué

pasará con el antiguo programa revolucionario, es decir, qué quedará de la crítica social 'clásica' (de Marx a la Internacional Situacionista), de las perspectivas de reapropiación que trazaba, de los medios prácticos que preconizaba, de los agentes históricos en los que confiaba, etc.? ¿Y qué es lo que hay que poner en tal programa en lugar de los puntos en los que parece haber caducado?"

2. "¿Cuáles son los plazos razonablemente calculables del proceso de dislocación del sistema industrial, es decir, cómo va esta probablemente a desarrollarse, cuál será el papel del hundimiento catastrófico del propio sistema, y cuáles serán sus efectos en la formación de una conciencia antiindustrial? ¿Cuáles serán las ocasiones que se presentarán de este modo para una auténtica secesión antiindustrial, y cómo podría prepararse esta a partir de ahora?"

Las respuestas no dieron lugar a ningún manifiesto, pero Jaime aprovechó las ideas que le parecieron interesantes en la redacción de *El abismo se repuebla*, en primer lugar "la idea de que hay que deshacerse de la sociedad industrial para ir en busca de la naturaleza", ya que resumía bastante bien "el único programa con el que recomenzar nuevamente la historia humana"⁷. En el mismo escrito Jaime volvía a referirse a "la posibilidad de utilizar para la difusión de nuestra crítica los canales de la cultura anterior, en muy mal estado pero no destruidos completamente ni asimilados por el funcionamiento mediático (...) es una carta que hay que jugar, posiblemente la última que nos queda". El tema del uso de los medios de

7 Respuesta de Jaime Semprún al cuestionario, 6 de diciembre de 1996.

comunicación habituales se venía discutiendo desde el principio de la Alianza, aunque Jaime, reacio a ellos, apuntaba más bien a la actividad editorial.

El concepto de “izquierdismo” sufrió una mutación. Inicialmente se entendía por izquierdista al miembro de un grupúsculo militante, sacrificial –maoista, trotsquista, *ultragauche*, anarquista, etc.– que operaba desde la “izquierda” de la vanguardia histórica de la contrarrevolución, en unos lugares la socialdemocracia y en otros el partido estalinista. Era como la vanguardia de esa vanguardia, y jugaba un papel complementario allá donde las baladronadas de la izquierda oficial no convencían. Con la reestructuración capitalista y el progresivo desarraigo de las clases medias asalariadas, el izquierdismo adquirió una base social propia, radical de boquilla, pero enemiga de los procedimientos revolucionarios. Los intereses de clase forzaron un lenguaje nuevo, enteramente liberal, moralizante y lúdico a la vez, limpio de arcaísmos revolucionaristas. Así, el izquierdismo se hizo ecologista, feminista, ciudadanista, vaneiguemiano y foucaultiano. El nuevo izquierdista –o “progresista”– era para Kaczynski, por un lado, el individuo caracterizado por sentimientos de impotencia, derrotismo, culpabilidad, odio hacia sí mismo, etc., y por el otro, el individuo “supersocializado”, es decir, condicionado al extremo por el código moral de la sociedad, repitiendo festivamente todos los tópicos de la corrección política, usando un vocabulario democratoide, sin jamás cuestionar los fundamentos de la sociedad industrial, sino únicamente sus excesos. Jaime llegaba más lejos, pues lo definía como el militante de la posmodernidad, perfectamente apto para desenvolverse en una sociedad ajena al discurrir de la historia, es decir, una

sociedad totalitaria, y modelo de conducta alienada para las nuevas generaciones de consumidores. La sociedad del espectáculo se había forjado una vanguardia a medida.

El abismo se repuebla se alimentaba asimismo de Orwell, cuyos ensayos completos publicaban conjuntamente la EdN y la editorial Ivrea, continuadora de las ediciones de Gerard Lebovici, y también de Chesterton, Adorno, Brecht, Bernanos, Hannah Arendt y de muchos otros, sin descontar obras de actualidad y lo que Hegel denominaba la oración matutina del hombre moderno, o sea, la lectura del periódico. Pero la originalidad del texto no solamente radicaba en el perfecto ensamblaje de ideas y conceptos de muy diverso origen, sino en el estilo, una malversación dialéctica del género literario –o un *détournement* como dirían los situacionistas– obra exclusiva del genio de Jaime. En un libro anterior, *Diálogos sobre la Culminación de los Tiempos Modernos*, *détournement* de los *Diálogos de Exiliados*, de Bertold Brecht, dirá con ironía: “Hay quien verá en ello un subterfugio literario y lo desaprobará, pero no importa. Es un procedimiento como otro cualquiera”.

La lectura en francés del *Abismo* conmociona, pues la claridad de la exposición es deslumbrante sin dejar la contundencia a un lado; es como un proyectil perfectamente calibrado. Por desgracia, solamente se reproduce en parte la misma sensación con una traducción corriente al castellano. Se trata de una crítica social y a la vez de una obra literaria, cosa que acarrea dificultades añadidas. En verdad, hemos procurado la mayor exactitud en la traducción de los análisis tratando de evitar un empobrecimiento o, al menos, una relativa trivialización en los resultados, pero para conservar toda la ironía de los giros y los juegos de palabras

habría que buscar paralelismos en la literatura española con Stendhal, Baudelaire, Breton o Proust, por mencionar solo a unos pocos autores discernibles, una tarea para la cual no estamos formados. La traducción, en consecuencia, ha buscado ante todo la precisión en las ideas y la mayor intelegibilidad posible, de forma que un escrito tan decisivo encuentre a sus lectores de hoy sin dificultades añadidas. Que la posteridad produzca a otros traductores mejor dotados que elaboren una versión del libro a la altura histórico-literaria del autor.

30 de agosto de 2016.

«Tentacular y devoradora, desfigurada por la contaminación, la capital de la miseria absorbe ciudades enteras a medida que se extiende. ¿Es todavía administrable la mayor megalópolis del mundo?. Hace ya mucho tiempo que el sueño industrial se ha tornado pesadilla. (...) Cientos de miles de sin techo viven en las calles, durmiendo donde pueden. Se matan entre ellos por un cuchitril cualquiera, por cualquier anfractuosidad bajo los nudos que forman las autopistas. (.) Sao Paulo no es una ciudad del tercer mundo. Desde muchos puntos de vista es incluso, con un crecimiento económico entre 4 y 6 por ciento, una ciudad excepcionalmente rica que concentra las principales rentas del país. Según una encuesta oficial, “en el año 2000, el grupo social más importante será el formado por 4 millones de adolescentes salidos de los barrios pobres, mal alfabetizados, subalimentados e inadaptados al mercado de trabajo”.»

Paris-Match, 20 de febrero de 1997

I

Hablar del mundo actual como de un cadáver en descomposición no es un fácil recurso retórico. Es una imagen, pero de las que ayudan *a imaginar con precisión*: reteniéndola en la mente, uno distingue mejor lo que tiene ante los ojos y toda clase de fenómenos, incluso aquellos que son bastante desconcertantes, se vuelven inteligibles. Comenzando precisamente por ese sentimiento universal que ya es inútil tratar de conocer de manera más científica y detallada, el funcionamiento de la sociedad mundial. A nadie le interesa saber cómo funciona ésta exactamente, excepto a aquellos a los que les pagan por proporcionar simulaciones teóricas; de entrada, porque ya no funciona. No se hace la anatomía de una carroña cuyo estado de putrefacción difumina los contornos y confunde los órganos. Cuando la situación ha llegado a ese punto, parece que haya cosas mejores que hacer: alejarse, para intentar encontrar todavía un poco de aire fresco que respirar y recobrar el sentido o, si no, como la mayor parte no tiene otra escapatoria, conseguir atrofiar la percepción del hedor tan bien, que uno pueda, en último término, adaptarse a él, tal vez divertirse e incluso sentirse fascinado ante tantas, variadas y cambiantes corrupciones, fermentaciones no habituales y

gorgoteos lúdicos que hinchan con su exuberancia la carroña social. Exuberancia con respecto a la cual, lo que queda aquí y allí de vida viva en las costumbres parece de una estabilidad tan aburrida, que solo los conservadores y los reaccionarios aterrorizados por el cambio pueden pensar en defender. Y, ciertamente, ningún organismo vivo puede ser tan sorprendente, inédito y *laberíntico* como aquello en que lo convierte, durante poco tiempo, su propia pudrición.

Es, también, esta muy avanzada corrupción la que, mezclando todo y desfigurando todo, hace aparecer en las paginas de los periódicos *collages* tan sugestivos, *cadáveres exquisitos* alegóricos de un final de civilización. Cuando uno lee que los dirigentes de la Ucrania chernobilizada completan la destrucción de la población indígena vendiendo a multinacionales productoras de pesticidas el derecho a ensayar, en millones de hectáreas, compuestos químicos todavía ilícitos en países menos experimentales, una columna contigua nos informa de lo siguiente: un «investigador de la ecología», americano, se esta planteando difundir por Internet un programa a su manera, concebido para que prolifere y se diversifique en una población que presente comportamientos tales como el parasitismo, la cooperación e incluso una forma de reproducción sexual. Espera que esta experiencia, versión electrónica de la diversificación de las especies durante el cámbrico, provoque el nacimiento de formas de vida inesperadas y nos ayude a penetrar en los *misterios de la evolución*. Otro día nos hablan de animales todavía vivos y salvajes, pero llenos de chivatos electrónicos injertados a los que se pone a trabajar «para la ciencia», en realidad para espiar lo que queda todavía por explotar de la naturaleza. Y, en la misma pagina del periódico, algunos

californianos no menos bardados de electrónica descubren ahora que están “superenganchados”, atrapados, allí donde quiera que se encuentren, por los medios de comunicación instantánea, al ver que ningún momento de su vida escapa ya a la explotación económica.

De igual modo, cuando una buena mañana se nos hace saber que había que hacer poco caso a los juicios de Orwell, puesto que habría sido una especie de informador de los servicios secretos ingleses, un periódico francés que publicaba la noticia bajo el título, «Orwell como chivato anticomunista», en un alarde de completo disparate, la coloca al lado de otra que anunciaba que más de setecientos mil jóvenes habían tomado las calles de Berlín, «no para rehacer el mundo o decretar la insurrección», precisaba, sino «simplemente para bailar al son de la música tecno y divertirse a tope». Así pues, podía verse en acción, simultáneamente, al *Ministerio del Amor* organizando bajo el nombre de «Love Parade» estas bacanales electrificadas del embrutecimiento y al *Ministerio de la Verdad*, el cual, por medio de archivos «desclasificados», nos informaba que Orwell ya no era el virtuoso enemigo del totalitarismo burocrático que, todavía la víspera, merecía ser honrado, sino un vulgar chivato.

«Sintomáticas», por emplear una palabra querida de Orwell, estas calumnias lo son de algo que se puede resumir así: el sistema de libertades basadas en la lógica de la mercancía puede ahora prescindir de cualquier justificación histórica, incluida la referencia a su contrapunto estalinista. Este sistema descansa sobre aquello que los totalitarismos de este siglo han completado y se apoya sobre sus resultados con la misma tranquilidad con la que instalaba en Praga, para un concierto de

Michael Jackson, a cuyos espectadores se les prometía que iban a “entrar en la historia”, una estatua gigante de este *hombre de silicona*, sobre el mismo pedestal en el que, en el pasado, se había erigido la de Stalin. Como apuntaba un semanario alemán, muy alejado de toda exageración crítica, a propósito de los setecientos mil zombis aglutinados por la «Love Parade» de Berlín: «La tecno es una música–maquina; el que la escucha (el “raver”), un hombre–maquina, un sistema nervioso en agitación, que se deja arrastrar por la música hasta que su cerebro conozca un sentimiento de felicidad en el que solo él cree. Los aficionados a la tecno son los verdaderos hitos de la unificación alemana.» A éstos, a todos los que *han salido de la historia* y viven en la superstición técnica (en una felicidad en la que solo ellos creen), ni siquiera es necesario inculcarles que querer «rehacer el mundo» equivale inexorablemente a intentar instaurar una utopía totalitaria, tentativa que no puede desembocar más que en el caos y la violencia: en efecto, ellos están dispuestos a amar este mundo que se esta deshaciendo *por lo que es e*, incluso, tal vez pronto lo amarán precisamente en la medida en que sea caótico y violento. Para estos individuos–átomos, modelados por el aislamiento sensorial de la sociedad industrial de masas, lo esencial es «vibrar» y no faltan organizadores para suministrarles, además del *fun*, las identificaciones colectivas substitutivas y las movilizaciones programadas de las que puedan ser, de forma totalmente espontánea, los actores. «Somos una única familia», así rezaba el eslogan de los convulsionarios de Berlín, pero detrás de este «signo de amor sobre la tierra» se perfilan la unanimidad obligatoria y el odio a la autonomía individual, al igual que detrás de las «revueltas ciudadanas», cuyo generoso entusiasmo consiste sobre todo en adherirse a un consenso prefabricado.

En 1995, el editor inglés de *Rebelión en la Granja*, con ocasión del cincuentenario de la obra, exhumó un prefacio que había descartado en su momento. Orwell describía en él las dificultades con las que se había encontrado para publicar su texto, el rechazo de cuatro editores sucesivos, las presiones del Ministerio de Información y, de manera más general, el clima de censura estalinófila que reinaba entre los intelectuales ingleses de la época. Pero él también decía que la ortodoxia reinante podía cambiar y convertirse, por qué no, en «antiestalinista», sin ser menos asfixiante para un pensamiento libre; el que todo el mundo repita la misma cantinela no es mas agradable por el hecho de que se esté de acuerdo con ella: los espíritus no quedan, por ello, menos reducidos al estado de «gramófonos», He aquí algo que se puede aplicar perfectamente a la unanimidad democratista de los modernos, a sus indignaciones teledirigidas, a su manera de expresar, *todos juntos y por encargo*, su execración hacia aquellos que les son presentados como totalitarios, fanáticos, o incluso racistas, terroristas, en pocas palabras, locos peligrosos y hostiles a todo progreso. A los intelectuales franceses les gusta mofarse de lo «políticamente correcto» a la americana, un poco rústico y simplón para sus gustos refinados. En realidad, ya practican una versión adaptada a las convenciones culturales locales, más hipócrita pero fiel a la esencia de la cosa, la de llevar a cabo una disolución retroactiva de la historia. En los Estados Unidos se hace una purga, en las bibliotecas públicas, de ejemplares de las *Aventuras de Huckleberry Finn*, libro sospechoso para el antirracismo por el hecho de que en él aparece un negro (por cierto, un esclavo huido) que habla como un negro y no como un universitario de color, militante a favor del multiculturalismo. En Francia no se trata exactamente de eso, pero ya un diccionario no puede

recoger la acepción injuriosa de la palabra *judío*, como sinónimo de avaro, sin exponerse a la furia de los antirracistas. Y volviendo a Orwell, el periodista que se hacía eco, en las columnas de *Le Monde*, de las calumnias, al mismo tiempo se distinguía mediante una respetuosa entrevista a Régis Debray, inventor de esa mediología que, como se sabe, degrada el concepto crítico de espectáculo tildándolo de idealista y poco científico (puesto que «el hombre necesita el espectáculo para acceder a la verdad»), lo que, a pesar de todo, no le induce a aflojar la vigilancia que periódicamente le lleva, en nombre del «carácter único de la Shoah», a lanzar la sospecha de negacionismo sobre todo el que se atreva a considerar el exterminio de los judíos de Europa, al que su nuevo nombre de Shoah ha situado desde entonces en una *tranquilizadora* singularidad con respecto al resto de la historia contemporánea, como algo que tal vez tenga una explicación, unas causas, una relación con la existencia del Estado y las clases o con la de la sociedad industrial.

La avalancha de falsificaciones–revelaciones que hoy día organiza la confusión que reina en torno a cualquier asunto arrastra rápidamente consigo la voluntad de restablecer los hechos correspondientes, pues para conseguir ese restablecimiento sería necesario que ciertas verdades históricas generales que forman el contexto de los hechos en cuestión tuviesen vigencia todavía; ahora bien, uno se da cuenta de que ya han sido barridas y, sobre todo, que ha sido barrido, junto con el sentido histórico mismo, el interés por la verdad que era su motor. Así, solo comprendiendo las buenas razones que tenía orwell después de la guerra para considerar el estalinismo como el *enemigo principal* (lo que exige no solo algunos conocimientos, sino también un cierto sentido de las luchas

históricas), se puede emitir un juicio sensato sobre la manera como lo combatió. Sin duda alguna, es más sencillo esperar a que le informen a uno de la verdad histórica del momento que establecen los archivos más recientemente expuestos. Así uno podrá saber que el desdichado burócrata London, al que se había dado gran importancia, antes de convertirse en un estalinista caído en desgracia, había sido un estalinista en el poder, es decir, un policía. Y puesto que los archivos revelan tales evidencias, habrá que admitir igualmente que dicen la verdad sobre todo lo demás.

La abolición de la historia es una especie de horrible libertad para aquellos a los que libera efectivamente de todo deber con respecto al pasado, así como de toda carga con respecto al futuro: a esta libertad, hecha de irresponsabilidad y de disponibilidad (a todo lo que la dominación quiera hacer de ellos) los modernos la aman más que a la niña de sus ojos, cuya extinción han confiado dócilmente a las pantallas. Quien critique la vacuidad de esta libertad, por ejemplo recordando la existencia de la historia bajo la forma de numerosos y terribles plazos que vencen todos en este fin de siglo, como si fuese la factura a pagar por el mal uso del mundo, será tildado de nostalgia fascistoide de una armonía pretécnica, o de inclinación hacia el fundamentalismo religioso cuando no de fanatismo apocalíptico. Los intelectuales se distinguen de los demás en que, para ellos, esta abolición de la historia, que para la gran masa de gente constituye solo un gran descanso, es además un *trabajo*: el de borrar las huellas de los conflictos reales y de las alternativas posibles que se han sucedido, el de reemplazarlas por los falsos antagonismos exigidos retroactivamente por la propaganda del momento (y, en esto, podemos ver la

contribución del izquierdismo, precursor tanto en reescribir el pasado como en fabricar falsos combates para el presente y tan valiente para precipitar lo que ya se estaba derrumbando). Lo que estos agentes intelectuales detestan, pues, en Orwell, y esto sucede tanto cuando lo exaltan al rango de un moralista a lo Camus, lo cual estuvo de moda en una época, como cuando lo calumnian, como se hace ahora, es el que hubiera tomado partido siempre de manera lúcida, en el conflicto entonces decisivo, aquél cuyo resultado iba a determinar todas las posibilidades posteriores de la libertad, sin por ello sacrificar a ninguna causa, a ninguna propaganda, su propia libertad de juzgar las ilusiones y las debilidades de las que no están exentos los mejores combates. Así, nunca se creyó mejor que los combates de su tiempo y supo participar en ellos para mejorarlos: por eso esta necesariamente mal visto por los ineptos, los moralistas y los estetas. Todos ellos forman legión, especialmente entre los intelectuales.

II

En ese mismo prefacio, no publicado, de *Rebelión en la Granja*, Orwell observa que la censura de la que habla no implica necesariamente ninguna interdicción formal y que la libertad es, entre otras cosas, la libertad de decir a la gente lo que no tienen ganas de escuchar. Se podría pensar que hoy, con la variedad inaudita de informaciones que se hacen desfilar ante ellos, la gente esta dispuesta a escuchar todo, indiferente al desagrado y al interés. Sin embargo, uno no tardara mucho en constatar que hay muchas cosas de las que la gente no tiene ganas de enterarse y que se las arreglan, cuando a pesar de todo llegan a sus oídos, para transformarlas en meras hipótesis, que toman en consideración entre muchas otras, para inmunizarse contra la verdad, acostumbrar el espíritu a absorberla sin reaccionar. Un perfecto ejemplo de ello lo proporcionaba ese informe de una emisión de televisión en el que una «película de anticipación» servía para alabar la acción de una multinacional del ecologismo al mostrar lo que, sin ella, nos esperaba «en el año 2000 y un poco mas»: «Es precisamente todo lo que el mundo teme. Mas o menos se identifica el porvenir con esa avalancha de porquerías escupidas al cielo, con las sustancias

verdosas que se escapan por las cloacas, con los fangos nauseabundos, con el aire irrespirable y con las aguas turbias.» (*Le Monde*, 9–10 de junio de 1996). Lo destacable en la circunstancia que nos ocupa es esto: las imágenes utilizadas eran las de catástrofes *que ya han ocurrido* y nuestro telespectador sacaba la conclusión de que esa «degradación inexorable del medio ambiente» podría muy bien producirse, *algún día*.

También hablaba de «la intuición que, unos y otros, tenemos de una pérdida irremediable de la humanidad en beneficio de una barbarie de nuevo cuño». Desde el éxito reciente, entre los intelectuales y el mundo de los medios de comunicación, del término barbarie, se incluye en ese vocablo un guirigay de hechos y comportamientos que desmienten de forma evidente el ideal de pacificación social de la democracia basada en la mercancía. Pero ¿dónde se ve ese ideal, no digamos ya realizado, sino solamente amparado, aunque solo fuera como ideal? Mejor dicho: ¿dónde no está completamente ridiculizado? Ya la versión local que se nos propone de él, la pobre «Unión europea», debe afanarse por intentar controlar el flujo de tóxicos que la recorren de un lado a otro (parece que el prión de las vacas se encontraría hasta en las galletas para niños). Hablar de barbarie supone que hay una civilización que defender y para establecer la existencia de ésta, nada mejor que la presencia de una barbarie que haya que combatir. La barbarie estaría ya delante de nuestras puertas, solo delante, detrás de ellas conservaríamos celosamente, numerados en nuestros CD-ROM, los tesoros de la civilización: la Alhambra y la obra de Cézanne, la Comuna de París y la anatomía de Vesalio.

De la misma manera que ciertas representaciones que aparecen en los sueños son el resultado de un compromiso entre la percepción de una realidad física que tiende a interrumpir el sueño y el deseo de seguir durmiendo, así la idea de una civilización que habría que defender, por muy rodeada de peligros que uno esté dispuesto a admitir, no deja de ser tranquilizadora: es el tipo de calmante que venden mensualmente los demócratas de *Le Monde Diplomatique*, por ejemplo. Entre las cosas que la gente no tiene ganas de escuchar, que no quiere ver, cuando en realidad se despliegan ante sus ojos, están las siguientes: que todos los perfeccionamientos técnicos que les han *simplificado la vida* tanto que ya casi no queda nada vivo, fomentan algo que ya no es una civilización, que la barbarie surge, *como algo natural*, de esta vida simplificada, mecanizada, sin espíritu, y que, de todos los resultados terribles de esta experiencia de deshumanización a la que se han prestado de buen grado, el más aterrador es el de su descendencia, ya que éste es el que, en resumidas cuentas, ratifica todos los demás. Por ello, cuando el ciudadano-ecologista pretende plantear la cuestión más molesta preguntando: «¿Qué mundo vamos a dejar a nuestros hijos?», evita plantear esta otra pregunta, realmente inquietante: «¿A qué hijos vamos a dejar el mundo?».

Sin duda, nunca ninguna sociedad habrá alabado hasta ese punto a la juventud, en tanto que modelo de comportamiento y de empleo de la vida, y nunca la habrá tratado tan mal en cuanto a los hechos. Chesterton había presentido en *Divorcio* que el sentido último de las teorías pedagógicas más avanzadas de la época, según las cuales era conveniente considerar al niño como un individuo completo y ya autónomo, era querer «que los niños

no tuvieran infancia» (Hannah Arendt repitió esto, a su manera, mucho más tarde). La sociedad de masas, al deshacerse, con la individualidad, del problema de su formación, se encuentra en condiciones de realizar ese programa y, dialécticamente, de completarlo con lo que se ha llamado su «puerilismo», ya que actúa de modo que los adultos no tengan madurez. Si los consumidores son tratados como niños, los niños también pueden ser tratados plenamente como consumidores («prescriptores», como saben todos los publicitarios, de una parte cada vez más numerosa de las compras de sus padres). La buena gente preocupada por la «protección de la infancia» habla muy poco de las enfermedades y de las diversas patologías que provoca un adiestramiento tan precoz orientado hacia el consumo dirigido. Por otra parte, rara vez se preguntan como se explica el hecho de que llegue a haber tanta abundancia de perversos y sádicos, de los que con tanto interés protegen a sus hijos, precisamente en las sociedades más modernas, civilizadas, racionales.

Cuando se dice que la juventud nunca ha sido tan maltratada, y no solo en esos países lejanos de cuya miseria uno se compadece, sino aquí mismo, en las metrópolis de la abundancia, se suele oponer el trabajo de los niños en el siglo XIX o bien los métodos de enseñanza de antes de la guerra. Como todas las imágenes en forma de eslogan que sirven para justificar el progreso, ésta permite no decir nada sobre lo que el progreso ha aportado en realidad o decir solamente que podría ser peor. En este caso, es la escolarización prolongada la que se erige como postulado de felicidad y conquista, con desprecio de todos los hechos constatables y abrumadores, entre los cuales, el menor es el de que esos estudios llamados superiores, a los

cuales se permite acceder solamente mediante porcentajes de aprobados en el bachillerato, fijados administrativamente, no preparan para nada que merezca siquiera el nombre de oficio. Esto no es para obstaculizar el funcionamiento de una economía moderna, puesto que se sabe que casi solo hay empleo en esa forma de nuevo trabajo doméstico, los «servicios», que abarca desde el repartidor de pizzas al animador sociocultural. Y en cualquier caso, poco importa que se deje marinar, más o menos tiempo, en el turbio jugo de la Educación nacional a aquellos que serán, sobre todo, «educados en la consola de juegos». Pues, volviendo a los malos tratos, ahí está lo esencial: estamos viendo crecer a las primeras generaciones que habrán sido entregadas a la vida numerizada sin que ya se interponga nada o casi nada de lo que, en el ámbito de las costumbres, impedía, hace poco todavía, adaptarse completamente a ella.

Sobre estos asuntos, lo mejor, a menudo, es escuchar a los fanáticos de la alienación, los cuales, a su manera, hablan en plan de expertos. Y así es como comenta uno de ellos, el cual ha guardado de su pasado marxista un tono de delectación para hablar de los horrores que están derrumbando el «viejo mundo», la «vasta y tenebrosa conspiración que, finalmente, escapa a la observación del adulto, que ya no se preocupa de hacerse adulto –adolescencia sin fin y sin finalidad» (se apreciará la manera muy moderna de presentar una forma de imposición y de miseria –el que le priven a uno de todos los medios de hacerse adulto– como una elección y una emancipación): «Existe, por otra parte, una extraña coincidencia entre ese estado infantil anterior al principio de realidad y el universo de la realidad virtual, el estado posterior al principio de realidad, en el que lo real y lo virtual se confunden. Esto es lo

que explica además la afinidad espontánea de toda una generación con las nuevas tecnologías de lo virtual. El niño tiene para él el privilegio de la instantaneidad. La música, la electrónica, la droga, todo esto no le da miedo. Por lo que se refiere al tiempo real, va ciertamente por delante del adulto, el cual aparece ante él como un retrasado, de la misma manera que, en el terreno de los valores morales, es visto como un fósil» (Jean Baudrillard, «El continente negro de la infancia», *Libération*, 16 de octubre de 1995.)

Y, en efecto, la mayor parte de los adultos, angustiados por no llegar a seguir el curso rápido de las cosas, se sienten maravillados y vagamente avergonzados ante sus hijos, que se sienten mucho más cómodos que ellos en la mutación electrónica y la vida instantánea y se muestran, en consecuencia, como modelos de adaptación y sabiduría oportunista. No solo no tienen nada que enseñarles, sino que ellos mismos son tímidos alumnos de estos preceptores en modernidad, les envidian el no sentirse maniatados por esos antiguos reflejos civilizados de la moral o del gusto y que no son más que una molestia considerable para gozar sin restricciones del presente. Todo sería, pues, para mejor en el mejor de los mundos virtuales, si esta feliz adaptación a todas las técnicas de la simulación no tuviera como contrapartida, en la realidad no virtual, una espantosa falta de capacidad para salir del universo artificial de las sensaciones automatizadas sino mediante el delirio o la brutalidad. Ya hay que tratar con química a esa clase de niños, cuando presentan demasiado precozmente los síntomas patológicos comunes al «universo mediático adulto»: «Se trata sobre todo de niños que muestran una hiperactividad motora, una inquietud estéril, una actividad incoherente y

desordenada. Estos niños sufren también una gran fragilidad emocional, impulsividad, incapacidad para aplazar un placer, indiferencia hacia las consignas e instrucciones, falta de control y autoinhibición.» («Un medicamento para los niños “hiperactivos” suscita una controversia», *Le Monde*, 15 de septiembre de 1995.)

Un imbécil muy moderno probablemente dirá de un cuadro clínico de tales características que ha sido esbozado por una psiquiatría represiva, que hay que saber reconocer en estas pulsiones desordenadas la eclosión de la creatividad infantil, etc. Uno se sentiría tentado a responder a estas complacencias que nada verdaderamente humano se ha hecho en la historia, incluso a escala individual, si no se ha sabido «aplazar un placer» (es decir, elaborarlo, socializarlo, *civilizarlo*, conjuntamente); pero ya que no se trata aquí de hacer filosofía de la historia, bastará con apuntar simplemente como una contradicción mortal de la sociedad de la mercancía que toca a su fin el que no deje de estimular pulsiones que, al mismo tiempo, tiene que reprimir, para crear un fantasma de orden, y que, al hacerlo, las convierte todavía en más brutales, evidentemente. De este modo, la humanidad continúa *degenerando al endurecerse*, mientras que los charlatanes nos la quieren pegar con el deseo, la imaginación, la sensibilidad y todo lo demás, como si las facultades del alma estuviesen ahí inalteradas, siempre despiertas y no deterioradas o mutiladas. El progresismo más libertario puede entonces disfrutar plenamente de su compenetración íntima con el espíritu del tiempo, con sus falsos entusiasmos («Un nuevo estilo está a punto de nacer... », «Una mutación comienza ante nuestros ojos...»), al igual que con sus sórdidas ambiciones: «¿No permitiría la sofisticación de las

técnicas audiovisuales a un gran número de estudiantes recibir individualmente lo que en otro tiempo correspondía repetir al maestro hasta la memorización (ortografía, gramática elemental, vocabulario, formulas químicas, teoremas, solfeo, declinaciones...)? ¿Incluso comprobar, mediante juegos, el grado de asimilación y de comprensión?» (Raoul Vaneigem, *Avertissement aux écoliers et lycéens*, 1995.) Los comerciantes de productos innovadores en el ámbito «paraescolar» no son, evidentemente, menos lúdicos y confiados: «Esto funcionará pues los padres han comprendido que sus hijos viven el multimedia educativo como un juego.» (*Le Monde*, 15-16 de octubre de 1995.)

La inmersión precoz en el mundo ficticio que organizan las «nuevas tecnologías de lo virtual» constituye, seguramente, una forma de educación, pero ¿para qué?; lo podemos deducir verosímilmente de sus principales características. Es un mundo de sensaciones rápidas y violentas en el que *uno está solo* y en el que se experimenta un sentimiento de omnipotencia. En este sentido, y por el hábito que crea, se asemeja a la droga. El espacio y el tiempo de la vida ordinaria quedan como suspendidos, substituidos por la instantaneidad de la transmisión a través de la pantalla y de su red mundial: así considerado, pertenece a la esfera del juego, pero no lo es, ya que no se opone a la vida corriente como una libertad superior, ni siquiera pasajera y limitada, sino más bien como una sumisión más completa, una prueba cuya finalidad es comprobar la capacidad de adaptación al medio puramente artificial y tecnificado que pronto será el nuestro (este aspecto está también presente desde el origen, militar, de esta realidad virtual: simuladores de vuelo, etc.). Otros rasgos parecen evocar

el mundo de los sueños, pero en este caso son los deseos de la sumisión los que se pueden descifrar en él. Es, sobre todo, un mundo en el que el tiempo es reversible y el pasado siempre se puede borrar, en el que, por tanto, reina la indiferencia hacia la verdad y la mentira, lo real y lo ficticio, al igual que hacia toda noción de bien y de mal: es en esto, sin duda, en lo que se revela como el más *formador*. No es que haya que inculcar esta indiferencia a cerebros reacios; al contrario, éstos ya están ahí suficientemente preparados por todo aquello que tuvieron la posibilidad de conocer hasta entonces; la nueva maquinaria no hace más que equipar y, en esa medida, hacer irreversible lo que habían comenzado a instalar en nuestras costumbres las máquinas anteriores, las que solo debían facilitarnos la vida y no ocupar su lugar. Pero, en fin, la pérdida de conciencia era todavía incompleta y la experiencia de creación de un hombre totalitario o «posthistórico» tenía que ser llevada más lejos «para entrar en el tercer milenio», para hacer este «salto mítico en el tiempo» al que nos invita el milenarismo de Estado.

Con el fin de proscribir el más mínimo rastro de noción verídica acerca del estado real, miserable, en el que se encuentra la juventud, se ejerce, pues, una censura consensuada que reúne a: 1) los representantes de la mercancía, sus diversos propagandistas y todos aquellos que corrompen haciéndolos partícipes de sus beneficios: al ser los más maleables y manipulables de entre los consumidores, los mejor adaptados al mundo de las fruslerías, porque no han conocido ninguna otra cosa, a los jóvenes se los pone de ejemplo ante el resto de la población; 2) los padres, que no han hecho más que transmitir a sus hijos su propia aceptación de la felicidad basada en la mercancía y que ven cómo esta

aceptación se revuelve contra ellos, agrandada por todas sus consecuencias patológicas, bajo la forma de unos mutantes para los que los padres no son más que «fósiles» y «retrasados»: en el caso de éstos, la censura funciona en el sentido casi psicoanalítico del término, pues es todo el fracaso de su vida el que aparece resumido justamente en el punto en el que creían, soñando con una intimidad familiar feliz, preservar una raquílica parte de éxito; 3) los ex-izquierdistas de todo tipo que, aunque no reúnan los motivos citados, tienen toda clase de afinidades con la modernización y puján por impulsar el entusiasmo futurista por miedo a pasar por anticuados, retrógrados, quizás cripto-vichystas.

Pues, si tanta gente se deja imponer esta ortodoxia juvenilista, a pesar de que habiendo conocido muchas realidades antes de que fueran liquidadas o se traficase con ellas, deberían ser capaces de *juzgar* la carrera hacia la descomposición, a sus campeones y a sus jóvenes aficionados, es porque aprueban interiormente el desprecio que hacia ellos mantienen los representantes de la mercancía y los administradores de la falsificación, y que descansa sobre este sencillo cálculo: de aquí a veinte años, los que hubieren conocido la vida *de antes* estarán ya muertos y los que entonces serán jóvenes o adultos no habrán conocido nada que les pueda servir como punto de comparación para juzgar los sucedáneos impuestos en todos los ámbitos. Antaño se podía decir que lo que hacía a una generación era una experiencia histórica singular, por ejemplo, poder acordarse de lo que era el mundo antes de la Segunda Guerra mundial. Hoy, cada generación (o media generación o cuarto de generación, el ciclo de reposición de las cosas es en lo sucesivo más corto que el de la reposición del material humano)

está marcada por un momento del consumo, una fase de la técnica, modas cretinizantes y universales: más que de cualquier otra cosa se es contemporáneo de ciertos productos de la industria y es mediante la evocación de los recuerdos en tanto que telespectador como se reconocerá que uno ha tenido una juventud común a la de otros. La última generación, en el sentido propiamente histórico, agrupa así a todos aquellos que, habiendo sido testigos en su juventud del escoramiento del mundo hacia la falsificación –en Francia en los años sesenta y hasta comienzos de los setenta– han preferido adaptarse y la mayor parte incluso hacerse entusiásticamente sus partidarios. Puesto que, a pesar de todo, han conocido otra cosa que quieren cobardemente olvidar y que por ello tienen que ocultarse a ellos mismos el envite histórico de esta época decisiva, no tienen más remedio que mostrarse especialmente vengativos en la amnesia, la identificación con la modernización, el odio a la crítica.

III

A quienes vivieron «cuando la gruesa puerta giraba sobre sus goznes» (evocando a Fargue, Bernanos: «estamos en el umbral de este mundo, la puerta aún no se ha cerrado detrás de nosotros») y presintieron este próximo encierro dentro del mundo esterilizado de la simplificación técnica seguramente les costaba hacerse una representación exacta del envilecimiento de los espíritus que aquél provocaría. Algunos, no obstante, han distinguido ciertos rasgos esenciales, como Bernanos, precisamente, o Lewis Mumford en el capítulo sobre «el hombre post-histórico» de su libro *Las Transformaciones del Hombre*, o incluso Adorno, quien por su parte hacía notar que la tecnificación erosionaba el «núcleo de experiencia» de los comportamientos pre-utilitarios, es decir la base misma de toda capacidad para juzgarla: «No se hace justicia al hombre moderno si no se es consciente de todos los daños que no cesan en causarle, hasta en sus intervenciones más profundas, las cosas que le rodean... En los movimientos que las máquinas exigen a aquellos que las hacen funcionar, en todo esto ya está presente la brusquedad, la entrecortada insistencia y la violencia que caracterizan las brutalidades fascistas.» Estas observaciones

sobre la propagación de la brutalidad debida a las exigencias de la vida mecanizada llevaban lejos y ya *hemos llegado*. Ya hace quince años que otro testigo verídico pudo advertir, en una ciudad italiana devastada por el automovilismo: «Nada transmite mejor el sentimiento del medio criminógeno y del desierto del alma que ese amontonamiento de envolturas metálicas habitadas por muecas humanas, por condenados al suplicio, en el que se ha convertido lo que tenía el nombre de *calle*. Cada coche es un proyectil que ha sido disparado, por tanto, es una guerra permanente, estúpida, sin finalidad.»

Hablar de guerra no es ninguna exageración, si se piensa en los millones de muertos que ya ha causado la circulación de automóviles y en los estragos que lleva consigo: ciudades y zonas rurales trituradas, paisajes arrasados, etc. Esta guerra, además, no ha dejado de conformar un tipo humano tan representativo que, a quienes no vean muy bien lo que el término *hombre totalitario* designa, debería bastarles con mirarlo para comprenderlo. Ejemplo de aquello en lo que se convierte la humanidad bajo la acción de las restricciones organizativas de la sociedad industrial, el automovilista no lo es menos cuando emplea su última ambición de civilizado para desempeñar su papel de *lubrificante de la técnica* de la mejor manera posible y rueda cívicamente, tal vez incluso ecológicamente si tiene un coche «limpio», por el desierto transitable que le han arado: en cualquier caso, siempre sigue siendo el *atropellador* que el proyectil que conduce le ordena ser. Y cuando, después de tantas vejaciones minuciosas que son, muy lógicamente, la contrapartida de su participación en el poder anónimo que lo aplasta junto a los demás, encuentra más estimulante afirmar directamente su humanidad degenerada y

liberar su violencia interior de acuerdo con el modelo de las representaciones cinematográficas que se ofrecen a la admiración de las multitudes, entonces demuestra qué vano es querer distinguir, tratándose del hombre totalitario, entre el funcionario lleno de celo que «ejecuta las órdenes» y el bruto sádico que se hace más cruel. Pues el uno no es más que la horrible revancha del otro contra su propia cobardía y es precisamente la alianza de la sumisión y de la dureza, del conformismo y de la irresponsabilidad, lo que define la mentalidad totalitaria. Por otra parte, también se puede ver en el automovilista al prototipo del *internauta*, del hombre todavía más degradado que ha renunciado al mundo sensible en favor de una circulación reducida a las señales y que ni siquiera tiene necesidad de desplazarse físicamente, ¿No circula ya el automovilista, en lo esencial, por un paisaje de informaciones (logísticas, comerciales, turísticas, culturales)? ¿Y no aprende a *navegar* por la información cuando ve anunciado en el margen de la carretera: «La mercancía más preciada es usted», al tiempo que puede escuchar su radio a bordo anunciándole que, después de cincuenta años de guerra química contra la vida terrestre, la espermatogénesis media del consumidor medio ya ha bajado la mitad?

Combatiente de la libertad de circular aprisionado en su envoltura metálica, el automovilista está pues en primera línea en la lucha continua, extenuante, por una vida libre de esfuerzo. Pero esta lucha causa furor por todas partes: en realidad no hay más furor que ése. «Lo peor son las máquinas de bobinas que, literalmente, se tragan al accidentado», se puede leer en un periódico a propósito de los nuevos accidentes de trabajo en la agricultura industrial. Después de haberse tragado los setos, los

caminos, las haciendas, los pueblos, los saberes, toda la realidad tangible del campo y, por tanto, toda realidad tangible e inteligible, la mecanización se traga a ese trabajador estresado en el que se ha convertido el campesino. El devoramiento de la humanidad por el caparazón técnico que tenía que protegerla de los infortunios del mundo natural evoca una antigua Quimera que nosotros habíamos situado en el frontispicio del primer tomo de la *Encyclopédie des Nuisances*. Sin embargo, hay algo más horrible que esta visión en la que, con todo, víctima y verdugo son todavía distintos: la idea de que el enmarañamiento del hombre y sus prótesis mecánicas, en beneficio de las que ha abdicado sus facultades, ha llegado a un punto tan inextricable en el que éstas nunca podrán ser ya restauradas en su integridad. Y uno llega a plantearse inmediatamente una posibilidad de ese tipo, aunque solo sea pensando qué puede llegar a ser el sentido del oído bajo la influencia de la música de masas que promete un paroxismo liberador a base de choques auditivos todavía más fuertes que los del ruido industrial –y no satisface este deseo más que para frustrarlo a continuación.

Todas las torturas, todos los tormentos infligidos por el trabajo industrial se condensan y se endurecen en sus productos, en esos objetos tan banales que uno ni siquiera distingue, pero que, cargados de malignidad, la difunden por los órganos de quienes los utilizan, induran su corazón y su carne. Obreras de veinte años, auténticas condenadas a galeras en un «polígono industrial» instalado sobre una isla a lo ancho de Singapur («con sus verjas altas, sus trincheras y sus cámaras de vigilancia»), pierden la vista en dos o tres años fabricando mandos a distancia; mientras, lejos de allí, desconocedores de estos ojos

apagados, manipulando distraídamente el estuche cerrado a estos sufrimientos desconocidos, otros esclavos se afanan por apagar su propia mirada ante las telepantallas, mientras que por todo su alrededor la luz se calla y cae la noche de la razón. A partir de cada objeto técnico se propagan, de esta manera, males que la medicina científica a veces se digna en reconocer y clasificar entre sus nomenclaturas de las patologías; se nos hace saber que el uso de un teléfono móvil probablemente tenga algo que ver con la posibilidad de desarrollar la enfermedad de Alzheimer, que el horno microondas no dañaría solo la calidad de los alimentos o, también, que las botellas de plástico liberarían subrepticamente sustancias nocivas que están pendientes de analizar. En cada caso, a una humanidad sana le hubiera bastado con juzgar *estéticamente* el asunto para rechazar con horror sus engañosas ventajas, para percibir que con eso se estaría perdiendo el justo ritmo de la vida terrestre, sin el cual no hay nada bueno. Parece ser que ciertos salvajes de Nueva-Guinea comían el cerebro de los muertos con el mismo resultado, pero ha habido, que esperar a que se les ocurriera a los civilizados alimentar las vacas con carcasas de corderos trituradas o inyectar hipófisis de cadáveres a niños, para que los expertos se enfrenten con el misterio de las «enfermedades causadas por priones». ¿Dónde reside el misterio? Es muy sencillo, comprender que nada se hace sin consecuencias, que no se puede infundir la muerte en la vida impunemente y que allí donde se ha perdido el sentido de la medida, se restaura otra medida por un sistema de contrapartidas y de taliones.

La dominación nos habla cada vez más a menudo con una franqueza brutal, como a aquellos que, por estar ya *pringados*, no pueden volverse atrás; pero habla como si se tratase de niños

y con el tono chistoso de esa publicidad de una bebida vitaminada que mostraba una especie de masacre de naranjas inspirada en las películas de terror del tipo «matanza de Texas», antes de declarar, a modo de conclusión, esta verdad: «¡Uds. Beben, Uds. Son cómplices!» En realidad, ¿quién, de algún modo, no está *cogido*, y quién no ha estado, en un momento u otro, de forma pasajera, pero no sin efectos duraderos, *poseído* por el poder bárbaro de la técnica, tentado, por ejemplo al volante de su coche, de aplastar a los peatones que le estorban en su trayecto? Con todos los aparatos eléctricos que se usan sin darse uno cuenta, uno se acostumbra a la frialdad funcional que nos atraparé en los hospitales; basta con apretar un botón para obtener inmediatamente una satisfacción sin esfuerzo y uno se vuelve impaciente ante todo aquello que no tiene un resultado inmediato, automático; se pierde el tacto del manejo de las cosas, igual que el de las relaciones con nuestros semejantes, y la brutalidad utilitaria que va en aumento se hace pasar por emancipación, el acceso a una independencia liberada de convenciones, etc.

Por lo que se refiere a qué ocurre con la lengua común en tales condiciones, no hace falta insistir en ello, puesto que ya quedó establecido hace mucho tiempo que «toda degradación individual o nacional se revela inmediatamente a través de una degradación rigurosamente proporcional en la lengua», lo que se puede verificar cada día escuchando a nuestros contemporáneos.

IV

Los bárbaros no vienen, pues, de una lejana y arcaica periferia de la abundancia mercantil, sino de su centro mismo. A quien haya sabido conservar algo intacta su sensibilidad, esforzándose por reducir todo lo posible sus relaciones con las técnicas de la vida alienada, le basta, para convencerse, con codearse un instante con aquellos que han estado formados y deformados desde la infancia por ese aparato del empobrecimiento, ya que están tan lejos de la naturaleza como de la razón y es esto lo que hace reconocible la barbarie. Estos lisiados de la percepción, mutilados por las máquinas del consumo, inválidos de la guerra comercial, lucen sus estigmas como condecoraciones, su enfermedad como un uniforme, su insensibilidad como una bandera. Así, lo que emana de algunos adolescentes de catorce o quince años, desplazándose en pandillas en el metro parisino, se parece a menudo a lo que emanaba antaño muy concretamente de la virilidad cuartelera (militares, deportistas, militantes de movimientos totalitarios): digamos un fuerte perfume a linchamiento. Curtidos en el contacto con su entorno técnico, domeñados por las *órdenes* que reciben de éste constantemente, quienes han crecido bajo los golpes y los

impactos de las «sensaciones fuertes» producidas industrialmente se afanan por mostrar una dureza todavía mayor, una dureza propia de personas sin escrúpulos, siguiendo el modelo de esos héroes de nuestro tiempo que son los más duros de entre los duros: los señores de la guerra económica, indistintamente policías o gánsteres, jefes de industrias o de mafias, Viendo a estos militantes del totalitarismo mercantil y de su dinamismo sin finalidad, uno piensa en lo que decía Chesterton del eslogan nietzscheano «Sed duros», que, en realidad, significaba «Sed muertos».

Tal vez haya alguien que se extrañe por tales palabras, que, además, encontrará muy exageradas, teniendo en cuenta que existe una censura casi total sobre este asunto; censura no significa aquí que los hechos sean ocultados o negados, sino que, una vez admitidos, lo son siempre retocados, adaptados a interpretaciones tranquilizadoras y, por último, edulcorados hasta el punto de perder todo significado. De modo que, se podrá objetar que esta brutalidad de los comportamientos juveniles no es otra cosa que una nueva forma del viejo conflicto generacional o, incluso, que muchas veces se trata de la expresión de un odio de clase, sin duda poco consciente de sus motivos, pero que a pesar de todo, los tiene y buenos en el no menos viejo conflicto entre pobres y ricos. La primera objeción es la más débil: el que hubiera un conflicto generacional supondría que hubiera generaciones, lo que desmiente la igualación de experiencias y comportamientos. Aún ayer, la sociedad de masas dominada por aparatos burocráticos toleraba en la juventud un alejamiento relativo de la norma, más bien como un período de prueba que permitía la selección de los oportunistas más dotados. En lo sucesivo, ese resto de sórdida

sabiduría burguesa («Todos hemos sido jóvenes alguna vez») se ha desvanecido, junto con la conciencia del tránsito de una vida que conservaba a su manera: a cualquier edad se debe ser capaz de todo lo que exige la demanda social de creativa participación en el dinamismo de la economía, teniendo en cuenta la gran cantidad de ocasiones que se presentan y los pelotazos que se pueden dar. Ante esta exigencia, ningún tipo de individualidad podría subsistir, ni siquiera cronología individual alguna: un niño hablará como un anciano sentencioso acerca de los ingresos de sus padres y de sus relaciones conyugales, un anciano se divertirá como un niño con sus sonajeros electrónicos. Y lo que llaman «tercera edad» se manifiesta precisamente, por la vestimenta y las ocupaciones, como el acceso a una juventud por fin completa, a un tiempo libre indistintamente esclavizado por todos los productos de la industria del ocio.

La segunda objeción merece una discusión algo más larga, pues, aunque esta juventud, atiborrada por todas partes de las mismas imágenes y verdaderamente fanática del mimetismo, esté sorprendentemente masificada, sea homogénea y *conformista*, también es verdad que existen, entre los más pobres, comportamientos emparentados con el antiguo ilegalismo de las clases peligrosas. Pero estos gestos no son necesariamente subversivos por el hecho de que sean delictivos en cuanto al derecho. Son salvajes en el sentido del capitalismo salvaje, más que el sentido de la huelga salvaje. A algunos izquierdistas les gustaría creer que desde hace veinte años y más se habría mantenido una especie de esencia revolucionaria de la juventud proletaria, siempre tan espontáneamente subversiva, siempre a punto de auto-organizarse para transformar la sociedad. En realidad ya nadie desea, y sobre todo entre los

pobres, asumir la más mínima responsabilidad en la marcha catastrófica del mundo. Cada uno, rico o pobre, quiere *ir por el atajo* para participar en las mismas satisfacciones, admitidas por todos como tales: la única diferencia es que este atajo es necesariamente más violento para los pobres. La escisión en la sociedad, que comenzó a producirse en 1968, en torno a una idea de felicidad, de una vida deseable, no ha tenido continuidad y ha desaparecido bajo las publicidades en favor de la «liberación de las costumbres». Y, ante cada saqueo o pillaje, uno no se puede contentar con repetir, como si no hubiese pasado nada, el análisis de los motines de Watts publicado por los situacionistas en 1966 («El declive y la caída de la economía espectacular–mercantil»), análisis según el cual, al querer *inmediatamente* todos los objetos expuestos e interpretando literalmente la propaganda comercial, los saqueadores estaban comenzando la crítica de esa economía y se preparaban para dominar la abundancia material, para redefinir todas sus orientaciones. O, mejor dicho, uno sí puede contentarse con repetir ese análisis (como ha hecho, por ejemplo, con un lirismo sofocante y una retórica deslavazada, un «Grupo surrealista de Chicago» después de los motines de 1992 en Los Ángeles), pero a cambio de despreciar lo que constituía su núcleo racional e histórico: la hipótesis de que esos motines, que volvían a encontrar mediante el pillaje y el *potlatch* de la destrucción el valor de uso de las mercancías, tuvieran algún uso para los amotinados, que les permitiese encontrarse, a lo largo de un camino en el que se pusiera en cuestión todo el modo de vida americano, «con aquellos que buscan lo que no está en el mercado, lo que el mercado precisamente elimina». Ahora bien, la distancia, ya larga, a recorrer por este camino, se alargó todavía más, o, más bien, el camino parece haber sido borrado

por los muñidores de la desolación. «La juventud sin porvenir mercantil de Watts», que había «elegido otra *calidad* de presente», se ha vuelto hacia el uso de las drogas para dar intensidad a un presente vacío y, de paso, se ha encontrado con un porvenir mercantil en el tráfico. Por tanto, es imposible hablar, sin impostura, en términos de *clases*, cuando son los *individuos* los que han desaparecido, es decir, que cada uno, y especialmente los más necesitados, se limita a adoptar una de las identidades preelaboradas disponibles en el mercado, para ser instantáneamente todo lo que esta personalidad prestada le permite y le impone. El único lujo, circular rápido por todas esas representaciones, cambiarlas a menudo; la droga aparece como la esencia espiritualizada de esta instantaneidad del acceso al ser, reducido al choque, al «flash» del puro cambio.

En el artículo de la *Internacional Situacionista* sobre los motines de Watts se mencionaba, lúcidamente, después de la evocación de una posible unificación revolucionaria en torno a la revuelta negra como revuelta contra la mercancía, que «el otro término de la alternativa presente, cuando la resignación ya no puede durar», era «una serie de exterminios recíprocos». Desgraciadamente, fue el segundo término de la alternativa el que ha prevalecido y no solo en Los Ángeles. Ninguna objeción sentimental puede nada contra eso. A este respecto, hay más verdad en ciertas cifras que en los sofismasseudodialécticos, tan ingeniosos para poner de relieve los hechos cuando concuerdan con lo que se quiere creer y en negarlos como simples apariencias en el momento en que no lo hacen. He aquí, entre tantos otros, lo que dicen algunas estadísticas recientes sobre la delincuencia en los Estados Unidos: el homicidio es la segunda causa de mortalidad entre los americanos con edades entre 15

y 24 años y la tercera entre los niños entre 5 y 14 años; la edad media del asesino detenido ha pasado de 32 años en 1965 a 27 años hoy; los asesinatos cometidos por bandas de jóvenes se han más que cuadruplicado entre 1980 y 1993. Y para completar este cuadro, la tasa de suicidio entre los jóvenes se ha triplicado desde los años cincuenta. El remedio propuesto por los pasmados comentaristas consistiría en «reconstruir la familia americana, asegurarse de que nuestros hijos comprenden el valor de la vida, la suya y la de los otros». Es un poco tarde para esto, cuando lo que daba valor a la vida ha sido tan arrasado como la familia, americana u otra; pero tampoco es menos tarde para ver la más mínima emancipación o progreso en esa desintegración de la célula familiar que entrega los átomos individuales a la brutalidad de una vida asolada, a la concurrencia desesperada de aquellos que no pertenecen a nada y nada les pertenece. (Se puede percibir que en estas condiciones los vínculos familiares no sobreviven más que en la medida en que se los pone al servicio del mercado y adoptan el modelo económico de la «pequeña empresa dinámica».)

Cualquier sociólogo preocupado por la integración y la educación humanitaria apelará normalmente a las circunstancias atenuantes: ciertamente estos jóvenes brutos tienen poca gracia, pero la propaganda «seguritaria» exagera mucho y, en cualquier caso, ¿qué oportunidades se les han dado para ser buenos chicos, trabajadores y bien educados? El humanitarismo de izquierdas, como siempre, de la misma manera que no ataca verdaderamente lo que pretende atacar, tampoco defiende verdaderamente lo que pretende defender. Si lo que se quiere decir es que la violencia ejercida por los jóvenes desheredados no debe hacer olvidar la violencia que

han sufrido, entonces no hay que denunciar solo la violencia policial, la «represión», sino todos los malos tratos que la dominación técnica infringe a la naturaleza y a la naturaleza de los hombres. En ese caso, hay que dejar de creer ya en la existencia de algo parecido a una sociedad civilizada, en la cual no se habría dado a los jóvenes la posibilidad de integrarse. Hay que ver, pues, en qué los desheredados lo son realmente y si lo son de forma más cruel que los del pasado, al expropiárseles la razón, al ser encerrados en su novolengua por lo menos tanto como en sus ghettos, sin ni siquiera poder fundamentar su derecho a heredar el mundo sobre su capacidad de reconstruirlo. De modo que, en una palabra, más que verter lágrimas de cocodrilo sobre los «marginados» y otros «inútiles del mundo», sería conveniente analizar seriamente si el mundo del trabajo asalariado y de la mercancía puede ser útil a cualquier persona que no obtenga beneficios de él y si uno puede integrarse en él sin renegar de su propia humanidad. Todo esto es demasiado para los sociólogos, aunque sean izquierdistas: esta gente, después de todo, tiene como función no criticar la sociedad sino proporcionar argumentos y justificaciones al abundantísimo personal dedicado a la gestión de la miseria, a los llamados «trabajadores sociales». Así pues, es lógico que sus esfuerzos se dirijan, sobre todo, a la satisfacción de las supuestas reivindicaciones «identitarias», a las que ofrecen la posibilidad de elegir un papel en la ropavejería de las adhesiones miméticas, rastrillo de la ilusión en el que se encuentra de todo, desde la gorra de rapero marcada con la X de Malcolm X a la gandura islamista.

Menos incomodo, puesto que no tiene ninguna relación práctica con la realidad, el extremoizquierdismo se contenta con

invertir los términos de la propaganda policial: donde ésta designa a bárbaros llegados de un inframundo ajeno a los valores de la sociedad civilizada, aquél elogia a salvajes extraños al mundo de la mercancía y decididos a destruirlo. Es la «revolución de los cosacos», con los suburbios a modo de estepas. Lo máximo que llega a admitir una apología de este tipo es que este rechazo es bastante poco consciente, en todo caso, muy mal razonado, aunque presente en cuanto a la intención. Pero si abandonamos el cielo de los buenos propósitos –el izquierdismo vive de las buenas intenciones, las suyas y las que presta a sus héroes negativos– y descendemos de nuevo a la Tierra, el problema no es que estos bárbaros rechacen, incluso muy torpemente, el nuevo mundo de la brutalidad generalizada, muy al contrario, lo que ocurre es que se adaptan a él muy bien, más rápidamente que muchos otros que se aferran a ficciones conciliadoras. Se les puede llamar, efectivamente, bárbaros. ¿Dónde habrían encontrado la posibilidad de civilizarse y como? ¿Viendo los videos pornográficos de sus padres? ¿Sumergiéndose en el universo ectoplásmico de las simulaciones numerizadas? ¿Adoptando miméticamente el comportamiento de las vedettes de la brutalidad? ¿Viendo por todo a su alrededor, tanto en la cúspide de la jerarquía social como en sus abismos, como prevalece una especie de conciencia nihilista del derrumbe histórico en curso, según el modelo «después de nosotros, el diluvio»?

Efectivamente es la idea misma de continuidad de una civilización la que se ha volatilizado igual que la capa de ozono, agrietado como el sarcófago de Chernobil, disuelto como los nitratos en la capa freática. Cualquier proyecto que apueste por durar es tachado de irrisorio, el mundo pertenece ahora a

aquellos que lo disfrutaban a toda prisa, sin escrúpulos ni precauciones de ningún tipo, despreciando no solo cualquier interés humano universal, sino también cualquier integridad individual. La cualidad de este goce del mundo es la que hace posible su carácter apresurado, instantáneo, abocado a la volatilización inmediata y, en consecuencia, a la sola intensidad sin contenido: «El tiempo no respeta lo que se hace sin el.» El uso de las drogas es, a la vez, su más simple expresión y el complemento lógico, debido a su poder para fragmentar el tiempo en una sucesión de instantes sin proceso. (Baudelaire decía, y no se refería más que al hachís, que un gobierno interesado en corromper a sus gobernados sólo tendría que fomentar su uso). El único cuadro, clínico, de aquello en lo que se ha convertido, en estas condiciones generales de brutalidad, lo que ya nadie se atreve a llamar erotismo –atrofia de la sensualidad y búsqueda angustiosa de estimulaciones cada vez más violentas– bastaría para dejar claro que la enfermedad social ha alcanzado su fase última. Todo ocurre, pues, como si, merced a un desastre confusamente sentido por todos como irreversible, los que están arriba se hubiesen liberado de la carga de tener que mantener el mundo actual y los que están abajo se hubiesen librado de tener que transformarlo. En *Los Orígenes del Totalitarismo*, Hannah Arendt ha descrito cómo la sociedad de masas creaba el material humano de los movimientos totalitarios («La principal característica del hombre de la sociedad de masas no es la brutalidad o el retraso mental, sino el aislamiento y la falta de relaciones sociales normales», etc.), y cómo se iba urdiendo, a partir de esta atomización social, lo que ella llama «la alianza provisional entre el populacho y la élite». Hoy vemos reconstituirse una alianza similar, sin el dinamismo «revolucionario» del totalitarismo –la energía que

había recuperado del movimiento obrero— pero con un nihilismo más completo, en las diversas formas de mafias. La misma eficacia bárbara caracteriza la manera como las élites de la corrupción y las bandas de los guetos se labran sus feudos en la descomposición. La solidaridad de tipo mafioso es la única que vale cuando todas las demás han desaparecido. La «lealtad sin límites, incondicional e inalterable» que los movimientos totalitarios exigían a sus miembros y que podían obtener de individuos aislados, sin otros vínculos sociales, que sólo se sentían útiles por pertenecer al partido, esa lealtad, liberada de cualquier ideología, la encontramos de nuevo en el juramento de fidelidad total a las bandas descrito, por ejemplo, por Kody Scott (*Monster, autobiografía de un jefe de una banda de Los Ángeles*). Para medir el camino, regresivo, recorrido en veinte años, basta con comparar este testimonio con el de James Carr (*Crève!*). Mientras que éste conseguía su confluencia con la crítica social moderna y era misteriosamente asesinado casi a continuación, el otro, con la ayuda de la época, o más bien sin ella, no sale del delirio de las bandas más que para entrar en el de los «Black Muslims» y otros africanistas.

Al final de un poema de Constantino Kavafis, «Esperando a los bárbaros», hay dos versos que son muy evocadores a este respecto: «Pero entonces, ¿qué va a ser de nosotros sin bárbaros? Esta gente era, en último término, una solución». Así es como, para ocultarse a sí misma su desastre real y exorcizar el espectro de una decadencia abandonada a ella misma de forma interminable, una sociedad se encuentra enemigos a combatir, objetos de odio y de terror. Y de la misma manera que en 1984, donde la expresión obligatoria del odio contra el enemigo Goldstein sirve al mismo tiempo a cada uno de exutorio

para el odio hacia Big Brother, así la fabricación de una «barbarie» que hay que temer y odiar, es tanto más operativa cuanto que recupera un pavor muy real y fundado en beneficio del conformismo y de la sumisión. Los «suburbios», como dicen los medios de comunicación para designar en realidad *el conjunto* del territorio urbanizado (los centros históricos antiguos, dedicados fundamentalmente a usos turísticos y comerciales, ya no disponen de casi nada de aquella feliz confusión que formaba una ciudad), se han convertido, con su juventud bárbara, en el «problema» que resume de manera providencial todos los otros: una «bomba de efecto retardado» situada bajo el asiento de aquellos que, por esta razón, podrían creerse *que están bien asentados*. Al igual que ocurre con otros muchos «problemas», se habla de ése no para resolverlo (¿cómo podrían hacerlo?), sino para *gestionarlo*, como dicen: dicho claramente, para dejar que se pudra, tratando de ayudarlo a que alcance este fin mediante todos los inmensos medios disponibles. Es una gestión moderna de este tipo la que se designa con el vocablo «Los Ángeles». Cuando los policías y sus portavoces mediáticos hablan de «síndrome de Los Ángeles» expresan, por lo menos, tanto lo que tratan de conseguir como lo que pretenden evitar, lo que quieren y lo que temen: es decir, describen el rumbo que quieren ver tomar a aquello que no pueden evitar. Y todo el mundo sabe cómo la dominación moderna, que no ha sido calificada de *espectacular* en vano, ha retomado a gran escala las técnicas de la industria de la diversión, desde hace mucho tiempo hábil en manipular los impulsos miméticos al hacer aparecer los sentimientos que quiere suscitar como ya existentes y anticipar la imitación que de ellos harán los espectadores mismos, siguiendo el modelo de la profecía que se autorrealiza. Es así como, en virtud del efecto

de espejo propio del espectáculo, aquellos a los que «uno gusta odiar», en tanto que bárbaros modernos, son precisamente demasiado proclives a que les guste ser odiados como tales y a identificarse con su imagen preformada. Ellos «tienen el odio», según una locución cuyo giro no evoca por casualidad la contaminación por una peste.

V

“Como de costumbre, el rostro de Enmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo, flameó en la pantalla (...) Los programas de Dos Minutos de Odio variaban de un día a otro, pero no había ninguno en el que Goldstein no fuese la figura principal. El era el principal traidor (.). Estaba todavía vivo en alguna parte tramando conspiraciones: quizás más allá del mar, protegido por sus amos extranjeros, aquellos que le pagaban, quizás incluso –como llegó a rumorearse– en algún lugar oculto de Oceanía.”

G. ORWEL, 1984

Desde 1908 Jack London venía describiendo en *El Talón de Hierro* lo que podría ser, en un futuro cercano, un capitalismo dirigido por una oligarquía que habría sido capaz, presionada por las necesidades de su lucha contrarrevolucionaria, de liberarse de todas las trabas impuestas por la antigua legalidad democrático burguesa. A partir de los años veinte, este libro ha

sido leído como una premonición del fascismo, y no sin razón, ya que éste estaba recurriendo a todos los medios descritos por London: provocaciones, manipulaciones, asesinatos, terror de masas, etc. Sin embargo, la hipótesis de London no ha perdido vigencia con el fin del *estado de excepción* fascista. Muy al contrario, se ha visto desde entonces cómo el empleo de ciertos medios del fascismo podían combinarse con el mantenimiento de formas democráticas. Pero hay sobre todo un aspecto de la dominación oligárquica descrita por London que no existía en el fascismo, el cual, al contrario, quería imponer la apariencia de la unidad social, y que hoy día tiene una importancia crucial: el rechazar a los confines de la sociedad a grandes masas de población a las que se deja, literalmente, *podrirse* en la indigencia material y psicológica. Este «pueblo del abismo», que se amontona en los guetos de las ciudades americanas y en las chabolas del Tercer Mundo, pero también en los «suburbios» franceses, hasta ahora ha sido, en concordancia con lo que London había anticipado, condenado a revueltas esporádicas y desesperadas, mientras que la oligarquía, por su lado, «sacaba orden de la confusión» y establecía «sus fundamentos y sus cimientos sobre la podredumbre misma».

De acuerdo con los propios términos de London, «la horrible imagen de la anarquía» es, de este modo, «constantemente puesta ante los ojos» de los integrados y de los sometidos, con el fin de que «este temor fomentado les obsesione». Pero, mientras que en *El Talón de Hierro* sólo los miembros de la oligarquía estaban, mediante este recurso, «convencidos de que su clase [era] el único sostén de la civilización», en la realidad actual la frontera entre jefes y subordinados es mucho más fluida e inestable que en el esquema de London: esta frontera

está siendo constantemente reformada a través de múltiples mecanismos de cooptación, selección, exclusión; así pues, casi todo el mundo debe ser convencido de que tiene que temer, sobre todo, el desencadenamiento de la «Bestia del abismo». La función espectacular que fue la del terrorismo etiquetado como izquierdista en los años setenta y ochenta, después de haberlo sido, a mayor escala y durante un período de tiempo más largo, la del enemigo burocrático totalitario, le toca ahora en Francia a los «terroristas islámicos», estos perfectos representantes de la barbarie, cuya repulsiva intolerancia concita la reprobación de todos los demócratas, incluidos los más quisquillosos: «Ante el problema de los suburbios y la creciente violencia, la afirmación de la ley es esencial. La ley es en sí misma una forma de resistencia contra la violencia.» (Alain Finkielkraut, *Le Monde*, 21 de noviembre de 1995.)

Así, con un tono docto, aparentan razonar los moralistas y filósofos, asalariados del «Estado de derecho», como si estuviésemos en una Europa burguesa e ilustrada que está ofreciendo al mundo, como modelo, el sistema de derechos y deberes de una democracia parlamentaria. El general presidente Zeroual mostraba *estar más al loro* cuando respondía a los dirigentes franceses, que pretendían darle lecciones sobre los procedimientos electorales a seguir, que él no tenía nada que aprender de ellos en materia de estrategia política. La tradición local, heredada de un esplendor estatal pasado, prepara, en efecto, bastante mal a estos dirigentes franceses para el tipo de aventurerismo que se necesita ahora, de modo que más bien son ellos los que tienen que aprender de alguien como Zeroual, de la manera como él ha conseguido sobrenadar entre la sangre y el fango. *Pero aprenden*, sin duda, ya sea de Zeroual o de otros,

como esos socialistas españoles, padrinos de un escuadrón de la muerte antivasco; uno de esos socialistas resumió lacónicamente lo que quedaba en lo sucesivo del derecho y de la separación de poderes declarando: «Montesquieu ha muerto.» En realidad, cualquier ideólogo asiático del desarrollo industrial acelerado demostrará, con pruebas en la mano, que éste no necesita en modo alguno las formas de la democracia política que han acompañado en Europa su «despegue»: ahora la mercancía vuela con su propio impulso, sin necesidad de ese punto de apoyo y China será enteramente devastada sin haber conocido nunca las «libertades políticas». Cuando se ve para qué le han servido a la Europa que las concibió, uno casi podría decir que no ha perdido gran cosa.

Actualmente la dominación no se ve obligada al empleo ordinario de «medios de excepción», del tipo de los que describía London, por una amenaza revolucionaria, en el sentido de la existencia de un movimiento social organizado que le dispute la dirección de la sociedad. Lo que la agujonea hacia una transformación rápida, sin que nadie pueda prever exactamente la forma que le hará adoptar, e incluso si se estabilizará de algún modo, es más bien la objetividad de una catástrofe que es en sí misma un hecho revolucionario y mucho más amenazador que todo lo que las clases dominantes del pasado tuvieron que combatir (en esta sociedad nada funciona sin la ayuda de prótesis cada vez más costosas y preñadas de desastres: incluso está mermada la capacidad de la especie para reproducirse sin recurrir a manipulaciones de laboratorio.) Evidentemente, hablar así de «la dominación» parece aludir a pensar en una especie de directorio unificado, capaz de determinar una estrategia aplicable para un ejército de ejecutores. Todo indica,

por el contrario, que la confusión, la inestabilidad, la fragmentación no ahorran a los dirigentes, ya sean representantes de la mercancía, hombres de Estado o ambas cosas a la vez: los medios que envilecen también a quienes los emplean. Con la decadencia de las instituciones y costumbres de la sociedad burguesa, envenenada por sus propias drogas espectaculares, se ve emerger, casi por todas partes (y todavía más rápidamente allí donde la clase capitalista nunca había sido burguesa, sino solamente burocrática) una especie de neo-feudalismo, cuya base se encuentra en el «pueblo del abismo» (matones y «clientes» de todo tipo) y cuya cúspide está en las élites mafiosas de la corrupción.

Ello no quiere decir que no se pueda hablar legítimamente de la dominación en la medida en que se puede reunir bajo este término a todos aquellos que se benefician, de una u otra forma, de la tiranía mercantil, a los que la sirven, la amplían y la justifican: unos envenenan, otros sanean; unos cometen masacres, otros saquean; unos destruyen, otros reparan lo destruido.

Y, aunque haya entre ellos rangos y preeminencias, todos se sirven del mismo material humano que les proporciona la economía mundializada. Obviamente, ellos mismos se rebajan al servir a un señor de tales características y, para la mayor parte, la ganancia es en gran medida ilusoria, «puesto que no pueden decir que son dueños de sí mismos». Pero a aquellos que sacan ventaja de la tiranía poco les importa que su condición sea miserable ante los ojos de aquellos para los que la libertad sería útil: no pueden concebir otra condición diferente y extraen de ella su razón de vivir. Lo que es nuevo es que esta razón no tiene

mucho que ver con los antiguos sistemas de justificación o de legitimación y se reducen casi todas al *juego con el poder*, último valor de la vida en una sociedad sin futuro.

Desde la época en la que el *Manifiesto Comunista* enunciaba que «la burguesía no existe más que en la medida en que revoluciona constantemente los instrumentos de trabajo, es decir, el modo de producción, es decir, todas las relaciones sociales», esta *revolución permanente* ha ido tan lejos en la transformación de las condiciones generales en las que debe ejercerse la dominación que la antigua clase propietaria ha mutado en algo tan nuevo como esas condiciones: la burguesía, como lo presentía Baudelaire, ha perecido por donde había creído vivir.

«¿Es necesario que diga que lo poco que quedará de política se debatirá penosamente en el abrazo de la animalidad general y que los gobiernos se verán obligados, para mantenerse y para crear un fantasma de orden, a recurrir a medios que harían temblar a nuestra humanidad actual, sin embargo, tan endurecida?» (*Fusées.*) Las redes de la oligarquía mercantil que atraviesan los aparatos estatales y los «medios económicos», legales o ilegales, no necesitan ninguna presciencia especial, ni «indicadores sociales» atinados para prever la llegada de disturbios inéditos, la acumulación del odio social, la escalada irreversible de transformaciones sangrientas. Incluso el más torpe de los agentes subalternos de «la actividad económica» ha tenido que admitir que ésta tenía un *lado malo*: ve que el paro se extiende, que la violencia crece, que las enfermedades se propagan, en resumen, que la inseguridad mina todas las satisfacciones y todas las garantías instituidas; descubre en qué

mundo está y hacia dónde se precipita. Nadie se lo oculta, al contrario, se lo muestran: constantemente le ponen ante sus ojos este desorden cada vez mayor, como un *memento mori* en el que, a modo de una alegoría «modern style», el planeta entero adoptase el rostro de la muerte.

Pues la dominación ya no está en condiciones de anunciar la victoria próxima sobre el *lado malo* de la economía mercantil, sino que ni siquiera está en condiciones de oponerle un *lado bueno* que justificase todo, al menos ése ya no es la principal finalidad de su propaganda. Al contrario, la dominación tiende cada vez más a justificarlo todo debido a la existencia de ese *lado malo*, asustando a todos con la amenaza de la disolución de la sociedad en la barbarie y a cada uno con la caída en el abismo social. Ya se ha acabado esa época de la sumisión que resumía el ideal del Welfare State: los beneficios capitalistas han sido restaurados por todas partes en detrimento de la protección que el Estado moderno aseguraba y sobre todo, prometía a cambio de la servidumbre. (Es lo que una revista americana se atreve a llamar «el fin de la buena vida.») Pero la demanda de protección está siempre presente y tanto más fuertemente cuanto que la violencia económica se ejerce sin que haya en lo sucesivo, para amortiguar los golpes –contrariamente a la época del primer «capitalismo salvaje»–, ni la enorme experiencia histórica precapitalista, en el ámbito de las costumbres y las relaciones sociales, ni, en el mundo todavía natural, aquellos recursos aparentemente inagotables de riqueza gratuita que eran para la humanidad como una reserva de vida y, tanto en un sentido estricto como en un sentido figurado, una *defensa inmunitaria* contra la mercancía. Así, vemos aparecer toda clase de extraños «protectores» apostando cínicamente sobre la

desesperación y el miedo; esto se refiere tanto a las sectas como a los nuevos «señores de la guerra» que imponen su protección en medio del caos: hay que recordar que esta función no sólo está en los orígenes del feudalismo, sino también en los de las diversas mafias. Y en medio de esta fragmentación de la protección en la que las empresas se organizan como bandas, las sectas, como servicios secretos, las bandas, como milicias, el Estado se convierte en una especie de protector *entre otros*, y, más bien, menos eficaz que otros. Un buen ejemplo de esto viene dado por la manera como el Estado americano ha desinvertido, tanto en el sentido financiero del término como en el policiaco militar, en lo que ya no eran ciudades, en beneficio, por un lado, de bandas que se hacen cargo de la gestión de la supervivencia, fundada sobre la economía de la droga, en los centros abandonados por los empleados blancos, y, por otro, de las nuevas «ciudades frontera» reservadas a éstos últimos, con el fin de que vivan allí resguardados del caos (cuarenta millones de americanos viven ya en estas plazas fuertes, que tienen su policía, su derecho especial, sus «dotaciones colectivas»). Estas monstruosidades, en las que se resume el desmoronamiento de la civilización urbana, característico, ya, de otras decadencias («En otro tiempo, los muertos abandonaban la ciudad llena de vida; nosotros que vivimos, la estamos enterrando», observaba Palladas al final del mundo antiguo), estas metástasis imprevisibles de las enfermedades que proliferaban en la vieja sociedad, en las que el desbocamiento de los mecanismos de defensa produce siempre nuevos males, son, en definitiva, esos horrores de un sálvese–quien–pueda universal los que permiten hablar, a pesar de la aproximación inevitable que se produce cuando se describe un presente inaudito con la ayuda de términos del pasado, de «neo feudalismo», por ejemplo, o de

«señores de la guerra». Pero, sea cual sea la imprecisión de los términos empleados, una cosa es cierta: si el capitalismo tiene todo el aire de recaer en la infancia, es decir, en la sangre y en el fango de sus orígenes esto no debería confundirse con un remozamiento, de igual modo que no se pueden confundir las muecas pueriles de un viejo con la energía de la juventud.

A la domesticación a través del miedo no le faltan realidades espantosas para ponerlas en imágenes, ni imágenes espantosas con las que fabricar la realidad. Así se instalan, un día tras otro, epidemias misteriosas en regresiones mortíferas, un mundo imprevisible en el que la verdad no tiene valor, es absolutamente inútil. Hartos de creencias y, en último término, de su propia incredulidad, los hombres acosados por el miedo y que se sienten objetos de procesos opacos se entregan, para satisfacer su necesidad de creer en la existencia de una explicación coherente de este mundo incomprensible, a las interpretaciones más extrañas y alocadas: revisionismos de todo tipo, ficciones paranoicas y revelaciones apocalípticas. Igual que esos seriales televisados de un género nuevo, muy seguidos por los jóvenes telespectadores, que describen un mundo de pesadilla en el que no hay más que manipulaciones, señuelos, tramas secretas, en el que fuerzas ocultas instaladas en el corazón del Estado traman complots permanentemente para ahogar las verdades que pudieran salir a la luz; verdades, en efecto, sensacionales, puesto que, en general, se refieren a maquinaciones de extraterrestres. Pero la finalidad de esta especie de versión mediática moderna de los *Protocolos de los Sabios de Sión* no es tanto la de designar a un enemigo y a los responsables del complot como la de afirmar que éste está por todas partes: no se trata, al menos de momento, de *movilizar*

para llevar a cabo pogromos o Noches de Cristal, sino más bien de *inmovilizar* en el embotamiento, en la resignación ante la imposibilidad de reconocer, comunicar y establecer cualquier verdad. Las calculadas extravagancias de esos productos de la fábrica de sueños convertida en fábrica de pesadillas no tienen como objetivo el convencer, como tampoco lo tienen las extravagancias de la propaganda general. Su objetivo es rematar la destrucción del sentido común, el aislamiento de cada uno en un escepticismo aterrorizado: *Trust no one*, no te fíes de nadie, el mensaje no puede ser más explícito. Acerca de lo que entonces no era más que un simple defecto individual, Vauvenargues hacía la siguiente observación que se puede aplicar a la psicología de masas de la era de la sospecha: «La desconfianza exagerada no es menos nociva que su contrario. La mayor parte de los hombres resultan inútiles para aquel que no quiere arriesgarse a que lo engañen.»

Ficciones tan siniestras sólo pueden verse a la manera de documentales, porque la realidad entera se percibe ya como una ficción siniestra. A los que han perdido «todo el ámbito de relaciones comunitarias que dan un sentido al sentido común» les resulta imposible hacer razonablemente la separación, en medio de la oleada de informaciones contradictorias, entre lo verosímil y lo inverosímil, lo esencial y lo accesorio, lo accidental y lo necesario. La abdicación del juicio, considerado como inútil ante la tenebrosa arbitrariedad del *fatum* técnico, encuentra en esta idea de que *la verdad está en otra parte* el pretexto para renegar de las libertades cuyos riesgos ya no se quiere asumir, comenzando por la de encontrar verdades con las que habría que hacer algo. La sospecha de manipulación general es entonces un último refugio, una forma cómoda de no

enfrentarse a la irracionalidad total de la decadencia al prestarle una racionalidad secreta. Lo hemos visto cuando accedieron al estatuto de informaciones las malversaciones habituales de la industria agroalimentaria: sostener que todo eso no era más que un señuelo mediático destinado a aterrorizar a la población o, en forma más prosaica, un complot de la industria agroalimentaria francesa contra sus competidores ingleses, permitía negar puerilmente la espantosa realidad y dárselas de listo que no se deja embaucar. El mundo angustioso de la ficción paranoica protege, pues, contra la angustia del mundo real insensato, pero también expresa, ya se trate de groseras fabulaciones para uso de las masas o de escenarios más sofisticados para una pseudo-élite de iniciados, la búsqueda de una protección más eficaz, la sumisión anticipada a la autoridad que la garantizará, el fantasma de ser cooptado, en pocas palabras, el deseo de *formar parte del complot*. Ya la popularidad de los *Protocolos de los Sabios de Sión* se había debido tanto a la repulsa como a la fascinación por la técnica de conspiración mundial que exponían y que los nazis se aplicaron en poner en práctica.

En el más reciente de esos seriales crepusculares (*Millenium*), una organización oculta dirige la lucha contra una internacional de psicópatas unidos para acabar con la humanidad y cuando el héroe declara: «toda esta violencia de la que nos hablan los periódicos no puede ser fruto del azar», el periodista de *Libération* que toca el tema califica la declaración de «idea personal y paranoica sobre nuestra época». La salud de espíritu de un periodista consiste, en efecto, en no ver más que una forma de azar en el hecho de que el mundo se derrumbe de esa manera. Pero, ya que se trata de la violencia de la que hablan los

periódicos, volvamos a Los Ángeles, a sus bandas y a la necesidad de su existencia. Cuando un General Attorney de California proclama que los Crips y los Bloods (las dos bandas más poderosas de Los Ángeles) han sustituido al comunismo como la principal amenaza subversiva interior, es bastante fácil denunciar (a la manera del sociólogo medio-izquierdista Mike Davis en *City of Quartz*) la propaganda «seguritaria» que manipula los pavores de la clase media agitando el espectro de un levantamiento general de aquellos a los que se deja que se hundan en la miseria, etc. (Frase tipo: «Esta muy real epidemia de violencia juvenil, cuyas causas profundas –como veremos– se encuentran en las condiciones cada vez más miserables de la juventud, ha sido inflada por los responsables del mantenimiento del orden y los medios de comunicación, hasta el punto de no tener apenas relación con la realidad».) Y cuando está mediáticamente establecido que la CIA, para financiar sus actividades en Nicaragua, ha suministrado crack a esas mismas bandas de Los Ángeles durante diez años, es bastante normal pensar, sobre todo si uno ya se había imaginado esto antes de cualquier revelación de este tipo, que el beneficio descontado de la operación no era sólo financiero, sino que se trataba también de ayudar a la juventud negra a precipitar su aniquilación. Estas medias verdades hacen las veces de mentiras cuando se usan para no decir que la juventud reclutada y fanatizada por las bandas está en la vanguardia de la regresión hacia un mundo en el que el pudrimiento de todas las antiguas formas de vida en sociedad no se detendrá más que mediante la instauración de las coerciones más brutales. No sólo la violencia abiertamente nihilista de estos *escuadrones de asalto* de la barbarie no es un peligro para la dominación, no sólo le sirve de contrapunto para justificar su propia violencia, sino que es un

modelo de adaptación a las nuevas condiciones en las que la supervivencia conllevará cada vez más la exterminación y una seguridad precaria sólo se comprará al precio de la renuncia a toda autonomía individual.

Igualmente, con relación a los atentados en Francia, atribuidos a los islamistas, se puede, bastante fácilmente, hacer gala de una noble alma humanista denunciando las «amalgamas devastadoras» con la juventud sin futuro de las ciudades, el pretexto de un endurecimiento represivo, etc. Siendo un poco más exigente, también se puede afirmar, sin mayores complicaciones, puesto que, según el propio *Paris Match*, «se ha constatado que agentes secretos de Argelia son capaces de provocar crímenes y atentados en nombre del G.I.A.», que se trata, en realidad, de un episodio de tratos secretos entre el Estado francés y el Estado argelino, una forma de presión de éste sobre aquél, con el fin de conseguir un apoyo más firme en la lucha contra los islamistas. (Se sabe que las autoridades francesas apostaron, en su día, por éstos últimos para controlar a los jóvenes de las ciudades, trabajo que en el pasado correspondió a los estalinistas.) Pero estas denuncias de la represión y de las manipulaciones del Estado se detienen allí donde comienza a plantearse el verdadero problema histórico, es decir, cuando hay que considerar la espantosa disponibilidad de la juventud del abismo hacia todas las manipulaciones, su avidez por adaptarse a los modelos ilusorios fabricados por sus enemigos: se habla de la represión por no hablar de la descomposición. Todo lo que se quiere conceder es, como decía un panfleto después de la primera oleada de atentados del verano de 1995, que «parados de por vida, acorralados en una existencia limitada a los muros de una ciudad, algunos jóvenes

creyeron encontrar en el islam (...) una identidad» y que «algunos de ellos», por tanto, «pudieron ser manipulados por colocadores de bombas». Lo que no se quiere de ningún modo plantear lúcidamente es la manera como la inmensa mayoría de esos jóvenes, al margen de cualquier manipulación particular, son de alguna manera *automanipulados*, condicionados y dirigidos por las «identidades» que les han confeccionado y que ellos revisten con tanto entusiasmo. Para abordar esto, habría que estar dispuestos a ver cómo, debido a su atomización, individuos expuestos a la necesidad de adaptarse al día a día, sometidos al vaivén entre un choque súbito y un olvido súbito, pierden junto con la capacidad para tener una experiencia *continua* del tiempo la de oponer la más mínima cosa a los mecanismos de despersonalización que los aplastan. Y, en este sentido, poco importa que las representaciones a las que se agarran, para dotarse de una personalidad prestada, sean las de la juventud rebelde-de-los-guetos, igual de artificiosas y planificadas que las demás.

El izquierdismo prefiere hablar de otra cosa, es comprensible. He aquí, por ejemplo, cómo el prefacio anónimo a una reciente reedición de *La Miseria en el Medio Estudiantil* oponía magistralmente la lucidez de los «gamberros de las ciudades» a las últimas ilusiones de quienes creen que, por sus estudios, pueden escapar a su marginalización: «Los niños de las ciudades, estos palestinos del espectáculo triunfante, sí saben que no tienen nada que perder ni nada que esperar del mundo tal como va. De golpe, se afirman como los enemigos del Estado, de la economía y del salariado: combaten de forma regular a las fuerzas del *orden*, se niegan a trabajar y roban todas las mercancías que necesitan. No han elegido su condición y es

lógico que no les guste. Pero quienes los han puesto ahí se van a enterar, y ya empiezan a enterarse.» Este «lenguaje de la lisonja» sigue los tópicos situacionistas con un aplomo tan anacrónico que uno puede tener la completa seguridad de que su autor se ha abstenido de ir a las ciudades para que sus iguales en radicalidad lo reconocieran como «enemigo del Estado, de la economía y del salariado».

Sólo en este ejercicio de prologuista llega, sin embargo, a ser reconocido como un entendido en la «cuestión palestina» aunque más bien bajo la forma del lapsus: el destino de aquellos a los que el llama «palestinos del espectáculo triunfante» es, en efecto, bastante semejante a aquel de los palestinos de Palestina, encerrados en sus bantustans bajo la vigilancia de sus propios jefes de banda; pero esto es lo que debería impedir que se afirmase a la ligera que dentro de poco van a hacer que sus señores se enteren e incluso que ya han comenzado a hacerlo.

«No es con revueltas callejeras como se puede regenerar un mundo usado que ha equivocado su rumbo.» Esta reflexión, que inspiraba a Nodier un precoz desencanto histórico, se ha convertido hoy en una verdad práctica que hay que formular de forma más clara todavía: las «revueltas callejeras» y otros estallidos de violencia sin conciencia no sirven más que a aquéllos que quieren prolongar la degeneración de un mundo usado y extraviado.

Como prueba, la manera como los defensores de un Estado «social» y «nacional» contra la economía mundializada esperan abiertamente sacar provecho de los desórdenes de este tipo e invocan, de forma bastante torpe, (pero otros provocadores

pueden ser más hábiles) «la obligación de sublevarse» y «el derecho a amotinarse» (Ignacio Ramonet, «Régimes globalitaires», *Le Monde Diplomatique*, enero 1997).

VI

La contribución del izquierdismo a la alienación más moderna se ha percibido generalmente a través de las anécdotas efectivamente pintorescas de algunas carreras personales, pero más bien como el efecto de un rechazo que de una fidelidad, aunque este rechazo de ciertos aspectos superficiales de la ideología izquierdista sólo ha sido también cómodo y fructífero por su fidelidad a un contenido más profundo. En efecto, si se dejan a un lado los disfraces revolucionarios que el izquierdismo iba a descolgar del museo de la historia, ese contenido era claramente la adaptación al ritmo acelerado del cambio de todo, el ajuste de la falsa conciencia a esas nuevas condiciones en las que se iba a tener que aprender a vivir bajo los choques de la producción industrial de masas.

Y cuanto más «espontaneísta» era el izquierdismo, más publicidad hacía de la supeditación de la conciencia a las sensaciones inmediatas y, al contribuir al descrédito de las mediaciones a través de las cuales se constituyen los individuos, los preparaba para el tipo de reflejos que el desbocamiento de la maquinaria económica iba a exigirles. «Vivir sin tiempo muerto, gozar sin trabas», he aquí algo que suena hoy como el

eslogan de un hedonismo *fustigado por el pánico*, el mismo que vemos desplegarse por todas partes, cuando la catástrofe ya no sólo se presiente.

El rasgo principal, y que determina todos los demás, por el cual el izquierdismo prefiguraba lo que iba a ser, treinta años después, la mentalidad dominante entre las nuevas generaciones, inculcada en todas partes y socialmente valorada, es pues precisamente aquél que había sido reconocido como característico de la mentalidad totalitaria: *la capacidad de adaptación como consecuencia de la pérdida de la experiencia continua del tiempo*. La capacidad de vivir en un mundo ficticio, en el que nada asegura la primacía de la verdad con relación a la mentira, deriva evidentemente de la desintegración del tiempo vívido en una nube de instantes: el que vive en ese tiempo discontinuo se siente liberado de toda responsabilidad frente a la verdad, pero también de cualquier interés por hacerla valer. Si se pierde el sentido de la verdad, todo está permitido y esto es lo que se puede constatar. Esta especie de libertad ha dado lugar al carácter espontáneamente conformista y muy moderno de esos jóvenes tan numerosos a los que les basta con abandonarse a sus propias reacciones y obedecer sin vacilación a las exigencias del momento para cometer las bajezas que les pide su buena integración en el funcionamiento de la máquina social. La tendencia a vivir en un tiempo personal que es una sucesión de presentes sin recuerdo del pasado ni preocupación real por el futuro, si bien estaba algo contrarrestada en el caso de los grupúsculos burocráticos por las necesidades de su tipo de política, en cambio se afirmaba sin trabas en las fracciones más modernas en las que la privación de todo horizonte temporal era ensalzada como una libertad radical: «Y por

encima de todo esta ley: “Actúa como si el futuro no tuviera que existir nunca.”» (Raoul Vaneigem, *Traité de savoir-vivre a l'usage des jeunes générations.*)

La desintegración del tiempo vivido, evidentemente, está determinada, más que por cualquier otra cosa, por el umbral que se ha traspasado en el aumento de la composición orgánica del capital, por utilizar los términos de Marx: es la vida entera de los individuos, y no sólo el «trabajo vivo», la que está aplastada por la velocidad mecánica del «trabajo muerto». La aceleración de la productividad industrial ha sido tan vertiginosa que el ritmo de renovación de las cosas y de la transformación del mundo material ya no tiene nada que ver con el de la vida humana, con su discurrir demasiado perezoso. (La velocidad de circulación de la información en las redes de la megamáquina demuestra a cada uno cuán lento y cansino es el cerebro humano.) Pero fue necesario hacer la propaganda de la adaptación a estas nuevas condiciones en las que los hombres no son más que los parásitos de las máquinas que aseguran el funcionamiento de la organización social. Sin duda, el izquierdismo hizo esta propaganda de forma totalmente inconsciente, sin saber en qué estaba participando: creía en su pobre sueño de una pura revolución, total e instantánea, que se realizaría, por así decirlo, independientemente de los individuos y de todo esfuerzo de su parte para construirse ellos mismos junto con su mundo. (Y eso era lo que precisamente estaba sucediendo.) Esto prueba todavía mejor sus afinidades espontáneas con el proceso de erradicación de las antiguas cualidades humanas que permitían una autonomía individual. Por otra parte, esas afinidades se han vuelto plenamente conscientes en la posteridad furiosamente modernista del

izquierdismo, en la que uno se dedica a los placeres permitidos por el ocio de masas con una satisfacción indisimulada y en la que la ideología «antiautoritaria» residual sirve para ensalzar la descomposición de las costumbres en todos sus aspectos.

Para apreciar en su justo valor la parte que le corresponde al izquierdismo en la creación del *novhombre* y en la expropiación de la vida interior, basta con recordar que se ha caracterizado por denigrar las cualidades humanas y las formas de conciencia vinculadas al sentimiento de una continuidad acumulativa en el tiempo (memoria, tesón, fidelidad, responsabilidad, etc.); por elogiar, mediante su jerga publicitaria de «pasiones» y de «superaciones», las nuevas capacidades permitidas y exigidas por una conciencia entregada a lo inmediato (individualismo, hedonismo, vitalidad oportunista); y, en fin, por elaborar las representaciones compensadoras con las que este tiempo invertebrado creaba una necesidad añadida (desde el narcisismo de la «subjetividad» hasta la intensidad vacía del «juego» y de la «fiesta»). Puesto que el tiempo social, histórico, ha sido confiscado por las máquinas que almacenan pasado y futuro en sus memorias y escenarios prospectivos, a los hombres les queda disfrutar en el instante de su irresponsabilidad, de su superfluidad, de forma semejante a lo que uno puede experimentar, destruyéndose más expeditivamente, bajo el dominio de esas drogas a las que el izquierdismo no ha dejado de ensalzar. La libertad vacía, reivindicada con gran despliegue de eslóganes entusiastas, es precisamente lo que les queda a los individuos cuando se les ha escapado definitivamente la producción de las condiciones de su existencia: recoger las virutas de tiempo caídas de la megamáquina. Esa libertad se realiza en la anomia y la vacuidad

electrizada de las multitudes del abismo, para las que la muerte no significa nada, y la vida tampoco más, las cuales no tienen nada que perder, pero tampoco que ganar, salvo «una orgía, final y terrible, de venganza» (Jack London).

Verdadera vanguardia de la adaptación, el izquierdismo (y especialmente allí donde estaba menos vinculado a la vieja mentira política) ha preconizado, pues, casi todas las simulaciones que son ahora moneda corriente de los comportamientos alienados. En nombre de la lucha contra la rutina y el aburrimiento desacreditaba todo esfuerzo sostenido, toda apropiación, necesariamente paciente, de capacidades reales: la excelencia subjetiva debía ser, como la revolución, instantánea. En nombre de la crítica de un pasado muerto y de su peso sobre el presente, atacaba toda tradición e incluso toda transmisión de experiencia histórica. En nombre de la revuelta contra las convenciones instalaba la brutalidad y el desprecio en las relaciones humanas. En nombre de la libertad de conductas, se desembarazaba de la responsabilidad, de la consecuencia, de la continuidad en las ideas. En nombre del rechazo a la autoridad, rehusaba todo conocimiento exacto e incluso toda verdad objetiva: qué hay más autoritario, en efecto, que la verdad; y cómo los delirios y las mentiras, que borran las fronteras fijas y apremiantes de lo verdadero y lo falso, son más libres y variadas. En resumen, trabajaba para liquidar todos esos componentes del carácter que, al estructurar el mundo propio de cada uno, lo ayudaban a defenderse de las propagandas y de las alucinaciones mercantiles.

Pues, esta simulación propiamente histórica de la vida (según la fórmula de Gabel: «el mentiroso común está al margen de la

vida porque miente; el mentiroso histórico miente porque está al margen de la vida»), debido a su búsqueda angustiosa de placer inmediato, sólo podía, evidentemente, convertirse en esclava de toda la parafernalia *high-tech* que, al menos un poco mejor que la magia de los eslóganes izquierdistas, cumple la promesa de una vida, por fin, liberada del esfuerzo de vivir. La carrera común del antiguo izquierdista, que ha cambiado la instantaneidad revolucionaria («Todo, inmediatamente») por la instantaneidad mercantil, la repite, de forma acelerada, cada consumidor hedonista, que sólo afirma la autonomía y la singularidad de su placer para abdicar de él entregándose sin límite a los *stimuli* de la vida mecanizada, a sus sensaciones «listas para vivir», a sus distracciones frenéticas, etc. Y como una subjetividad tan inconsistente y vacía no puede sentir que existe más que incrementando cada vez más la intensidad y la velocidad de los choques recibidos, el consumo hedonista retorna por su propio movimiento hacia ese desencadenamiento destructor al que, por su lado, aspiraba el izquierdismo, viendo en él el colmo de la emancipación. Aquellos que están encerrados en la jaula temporal del instante, aislados tanto del pasado como del futuro, ya sólo encuentran la manera de afirmar su humanidad incendiando su prisión. Así, pujando sobre la velocidad de destrucción del mundo con su propia precipitación hacia la abdicación de su autonomía, los individuos ajustan su sistema nervioso al ritmo de la historia y se adaptan anticipadamente a la catástrofe que se extiende.

Cuando se manifiesta bajo formas agresivas y delirantes, los defensores de la civilización de la máquina reprueban ese nihilismo como si fuese esencialmente diferente de aquél que, propagado por los mismos media de la instantaneidad, se

manifiesta más bien bajo la forma, entonces muy valorada, de un apoyo dócil a las buenas causas y a los entusiasmos colectivos promovidos por el moralismo y lo políticamente correcto. Pero los Días del Amor y los Días del Odio movilizan a las mismas multitudes de individuos maleables, dispuestos para todas las emociones simplificadas, masificadas, prometedoras de integración positiva en la colectividad. El militantismo de la brutalidad y el militantismo de la tolerancia son simplemente dos formas de la adaptación a través del sacrificio del yo: no sólo no se excluyen uno al otro, sino que van juntos, y se encuentran muy a menudo en los mismos individuos, sucediéndose uno a otro alternativamente. Es que la brutalidad tiene tan poco que ver con la firmeza como la sensiblería con la humanidad.

La dominación moderna, que necesitaba servidores intercambiables, ha destruido precisamente –y tal vez ése sea su principal éxito– las condiciones generales, el medio social y familiar, las relaciones humanas necesarias para la formación de una personalidad autónoma. (Aquéllos para los que «su oficio eran sus manos», como se decía, eran menos intercambiables que aquéllos que sólo tienen una pantalla ante sus ojos.) Por su histrionismo y por muchos otros rasgos, estos caracteres vaciados de todo lo que hubiera podido darles consistencia evocan diversas formas de desestructuración de la personalidad que, en otro tiempo, describió la psiquiatría. Sin detenernos en las consideraciones sicopatológicas que requeriría la descripción del modo como la enfermedad de ayer se ha convertido en la normalidad de hoy (*La Falsa Conciencia* puede consultarse a este respecto con provecho), es fácil comprender que seres tan inconsistentes y necesitados de una personalidad prestada sean forzosamente, todavía mucho más que los militantes del pasado

(«basta con hablar su lenguaje para infiltrarse en sus filas»), los dóciles instrumentos de todas las manipulaciones que se consideren útiles, de todas las «Love Parades» y, cuando sea necesario, de todas las *Revoluciones culturales*.

Los que se indignan moralmente ante las imágenes de la miseria y de las masacres que se ofrecen a su contemplación, a pesar de que un sentimiento de horror realmente sentido, y no sólo fingido, les haría comprender rápidamente cuán obsceno es añadir la retórica a la impotencia, ¿qué buscan sino la satisfacción narcisista de sentirse personas sensibles y civilizadas, de exhibirse como tales y de ocultarse a sí mismos la angustia de estar atrapados en esa pesadilla *real* de fin del mundo? De igual modo, las masas congregadas por los promotores de tal o cual buena causa platónica se ocupan sobre todo en *admirarse a sí mismas* por estar allí reunidas en medio de la euforia de una generosa unanimidad de la que están tan tranquilas, que no tiene *ninguna consecuencia*, que no les compromete lo más mínimo. En este sentido, hay muy poca diferencia entre los buenos sentimientos de la propaganda humanitaria, democratista, antirracista y los llamamientos al asesinato que puedan hacer las vedettes de la violencia simulada, de la misma manera que muy pocas cosas separan, en cuanto a la conciencia, a las masas de alborotadores de una noche, de aquéllas que se reúnen para otros «trances urbanos», en los que se emborrachan de identificación mimética vibrando bajo los golpes de la música de masas.

Cuando se nos habla de los suburbios como de un «laboratorio del futuro», se quiere decir que es con *un material humano* de ese tipo con el que la dominación se dispone a continuar sus

experiencias. Y como la maquinaria de la relación mercantil universal y exclusiva va a arrojar al abismo a masas cada vez más numerosas de excedentes, la neoarmonía descerebrada de las «Love Parades» ciertamente tiene menos futuro que la barbarie de las exterminaciones recíprocas. Ya no es en la novela de Jack London, sino en un testimonio sobre la Argelia de hoy donde se pueden leer estas frases: «Es el reino de la confusión. Ya no se sabe quién es quién; ya no se sabe quién hace qué (...) También hay comités de autodefensa, mafias locales que mantienen sus propias milicias, militares reales, falsos gendarmes, falsos islamistas. La mayor parte de las veces uno no sabe con quién se la está jugando. (.) Han privatizado esta guerra que para muchos se ha convertido en un modo de vida. El Estado da dinero y armas para defender una parte del territorio. Surgen señores de la guerra. Reclutan hombres en su propia familia y no tienen otra preocupación que aumentar su feudo. (.) La gente toma partido a favor de aquellos que les dan de comer.» (*Le Monde*, 19–20 de enero 1997.)

VII

El abismo, pues, se repuebla: en una lejanía empañada como la de los reportajes televisados, países enteros son arrollados en él por la modernización que exige la huida económica hacia adelante. Aquí mismo se empuja a masas de gente estupefactas, cada vez con menos miramientos, a unirse a todos los que ya se pudren en el abismo. En Europa occidental sólo ahora empieza a dejar sentir sus efectos el rebote de la descomposición impuesta a todo el planeta, del saqueo planificado de toda independencia material y espiritual con respecto a las relaciones mercantiles. Pero las oleadas de refugiados que vienen a golpear las fronteras de este muy relativo refugio europeo traen la noticia: el desencadenamiento de una especie de guerra civil mundial, sin frentes precisos ni campos definidos, y que se acerca inexorablemente, por el este, por el sur. Peticionarios ingenuos se inquietan por ver cómo Francia va contra sus tradiciones históricas, se cierra a los extranjeros, etc. Sus protestas pueden ser tanto más virtuosas cuanto que no tienen en absoluto en cuenta el mundo real y no se preocupan ni un instante por lo que podría ser una transcripción en la práctica de los principios que invocan (puesto que, por lo demás, no es la

abolición del Estado lo que reclaman). En cualquier caso, el problema de saber si hay que defender o no Europa o Francia, como si se tratase de una fortaleza asediada, se va a dilucidar de manera diferente, como es habitual en este tipo de falsos problemas: esta fortaleza ya está tomada *desde el interior*, dislocada por el mismo curso acelerado de las cosas ante el que nadie puede hacer nada, pero que todo el mundo presiente como desastroso.

Como se dijo en las *Observaciones sobre la parálisis de Diciembre de 1995*; lo que esta protesta abortada dejó tras de sí es el sentimiento general de que no habrá «salida de la crisis» y que sólo se pueden esperar calamidades del funcionamiento de la economía planetarizada; sentimiento, aunque vago e incompleto, que ha expresado bastante exactamente el libro de Viviane Forrester, *L'Horreur Économique*. (Frase tipo: «En este contexto, los sin techo, los “excluidos”, toda la masa dispar de estos dejados–de–lado forma quizá el embrión de las masas que amenazan con constituir nuestras sociedades futuras si los esquemas actuales continúan desarrollándose.») Pero si hay tanta gente desencantada de las promesas de la sociedad industrial (la automatización no ha suprimido el trabajo, ha hecho de él un privilegio envidiado), no están desencantados de la sociedad industrial misma. Querrían simplemente arreglar las constricciones organizativas que impone, suavizarlas, tal vez incluso humanizarlas. Se sabe todo, o casi, de las consecuencias inevitables de la modernización económica y se reclama «respeto», dirigentes que digan la verdad, etc. Uno se asusta con terribles eventualidades («¿Y si dentro de poco ya no viviéramos en democracia?», se inquieta esta autora), para, en último término, tranquilizarse, hacer como si se estuviese bien

instalado en la paz, la democracia, *puesto que* eso hacia lo que vamos no se parece a ninguna forma de dictadura conocida hasta ahora y catalogada como tal por los demócratas. En cualquier caso, no se ataca nunca el contenido y la finalidad de la producción industrial, la vida parasitaria que nos hace llevar, el sistema de necesidades que define; únicamente se deplora que la cibernética no hubiera traído consigo la emancipación esperada: «Sus consecuencias, inscritas en las costumbres, deberían haber sido de lo más beneficioso, casi milagrosas. Tienen efectos desastrosos.» Y puesto que no es a este modo de producción, con las técnicas que ha desarrollado a su servicio, al que hay que incriminar, son los «nuevos señores del mundo» los que tienen que ser responsables de nuestras desgracias: a esos depredadores apátridas (o «transnacionales»), cínicos y vividores, nos los pintan como si ellos fueran los únicos que viven despreocupados por el futuro e indiferentes a todo lo que no sea su satisfacción inmediata, como si en algún lugar, en no se sabe qué pueblo fuertemente unido a sus tradiciones, se hubieran conservado intactas, fuera del alcance del nihilismo mercantil, la honestidad, la previsión, la decencia y la medida.

Estas denuncias moralizantes del horror económico están dirigidas principalmente a los empleados amenazados por la aceleración de la modernización, a esa clase media asalariada que se había soñado burguesa y se despierta proletarizada (e incluso lumpemproletarizada). Pero sus miedos y su falsa conciencia son compartidos por todos los que tienen algo que perder con el debilitamiento del antiguo Estado nacional cuya organización llevan a cabo los poderes que controlan el mercado mundial: trabajadores de sectores industriales hasta entonces protegidos, empleados de los servicios públicos, gestores

diversos del sistema de garantías sociales ahora enviado al desguace. Todos éstos forman la masa con la que puede maniobrar una especie de frente nacional–estatal, un informal «partido de Diciembre» en el que una salsa ideológica antimundialista ligaría toda clase de sobras políticas estropeadas: republicanos a la moda Chevenement Seguin–Pasqua, escombros estalinistas, ecologistas socializantes, izquierdo–humanitarios en expectativa de militantismo e incluso neofascistas deseosos de «proyecto social». Este partido de la estabilización sólo tiene una vaga apariencia de existir para proporcionar un exutorio a las recriminaciones contra los excesos de los partidarios de la aceleración: su razón de ser es una protesta sin resultado y que se sabe vencida de antemano, al no tener *nada* que oponer a la modernización técnica y social según las exigencias de la economía unificada. (Por lo demás, no hay ni uno solo de esos llamados enemigos de la unificación del mundo, incluidos los más izquierdistas, que no se entusiasme con las posibilidades de teledemocracia ofrecidas por las «redes».) Semejante representación de los descontentos sirve sobre todo para integrar la contestación en pseudo–luchas en las que se guardan de hablar de lo esencial y se *reivindican* las condiciones capitalistas del período anterior, que la propaganda designa con el nombre de Estado–providencia. Esa representación sólo podría tomar alguna consistencia, como relevo político, en caso de desórdenes graves, pero entonces sería para exhibir su impotencia para *restaurar* cualquier cosa. En realidad, el papel histórico de esta facción nacional–estatal de la dominación, y su único futuro, consiste en preparar a las poblaciones –puesto que, en el fondo, todo el mundo se resigna a lo que se admite como inevitable– para una dependencia y una sumisión más profundas. Pues, el fondo de todo esto, de todas

esas «luchas» por el servicio público y el civismo, es la *reclamación*, presentada ante la sociedad administrada, de que se nos libre de los desórdenes que propaga por todas partes la ley del mercado, según la cual «el Estado cuesta demasiado caro». ¿Y cómo podría hacerlo si no mediante nuevas coerciones, lo único capaz de mantener unidos estos conglomerados de locuras en los que se han convertido las sociedades humanas civilizadas? ¿Qué nos protege, en efecto, de un tipo de caos a la argelina o a la albanesa? Ciertamente, no la solidez de las instituciones financieras, la racionalidad de los dirigentes, el civismo de los dirigidos, etc.

Sin embargo, mezclado con estos miedos y esta demanda de protección existe también el deseo, apenas secreto, de que, por fin, pase algo que aclare y simplifique de una vez por todas, aunque derive en la brutalidad y en la penuria, este mundo incomprensible en el que la avalancha de acontecimientos, su confusión inextricable, va más rápido que cualquier reacción y pensamiento. En la idea de una catástrofe, al fin total, de una «gran implosión», se refugia la esperanza de que un acontecimiento decisivo, irrevocable, del que sólo habría que esperar que ocurriese, nos haga salir de la descomposición de todo, de sus combinaciones imprevisibles, de sus efectos omnipresentes e inasequibles: que cada uno *no tenga más remedio* que determinarse, reinventar la vida a partir de las primeras necesidades, de las necesidades elementales, que, entonces, ocuparían el primer plano. Esperar que el hecho de traspasar un umbral de degradación de la vida rompa la adhesión colectiva y la dependencia con respecto a la dominación, obligando a los hombres a la autonomía, es desconocer que sólo el simple hecho de percibir que se ha

traspasado un umbral, sin ni siquiera hablar de ver en ello una obligación de liberarse, requeriría no haber sido corrompido por todo lo que ha conducido a esa situación; es no querer reconocer que la habituación a las condiciones catastróficas es un proceso, comenzado hace tiempo, que permite, de alguna manera, *por su propia inercia*, cuando se franquea un umbral un tanto brutalmente en medio del deterioro, acomodarse mal que bien a él (*se ha visto perfectamente después de Chernóbil, es decir, que no se ha visto nada*). E incluso un derrumbamiento repentino y completo de las condiciones de supervivencia ¿qué efecto emancipador podría tener? Las rupturas violentas de la rutina que se producirán, sin duda, en los próximos años, más bien empujarán la inconsciencia hacia las formas de protección disponibles, estatales u otras. No sólo no se puede esperar de una *buena catástrofe* que ilumine a la gente sobre la realidad del mundo en el que viven (son aproximadamente los mismos términos de Orwell), sino que todas las razones apuntan a temer que, ante las calamidades inauditas que van a desencadenarse, el pánico refuerce las identificaciones y los lazos colectivos fundados sobre la falsa conciencia. Ya estamos viendo cómo esa necesidad de protección resucita antiguos modelos de vínculos y de pertenencias, de clan, raciales, religiosos: los fantasmas de todas las alienaciones del pasado vuelven a acosar a la sociedad mundial que se vanagloriaba de haberlas superado gracias al universalismo mercantil. En realidad, el derrumbamiento interior de los hombres condicionados por la sociedad industrial de masas ha tomado tales proporciones que ya no se pueden hacer hipótesis serias sobre sus reacciones futuras: una conciencia, o una neoconciencia si se quiere, privada de la dimensión del tiempo (sin que por ello deje de considerarse como normal, puesto que está adaptada a las mil maravillas a la

vida impuesta y que, de algún modo, a ella, todo le da la razón) es por naturaleza *imprevisible*. No se puede razonar sobre la sinrazón. Esperar una catástrofe, un autoderrumbamiento liberador del sistema técnico no es más que el reflejo invertido de aquella esperanza que cuenta con ese mismo sistema técnico para hacer llegar positivamente la posibilidad de una emancipación: en ambos casos se disimula el hecho de que, bajo la acción del condicionamiento técnico, han justamente desaparecido los individuos que sabrían cómo utilizar esa posibilidad o esa ocasión; así, uno se ahorra el esfuerzo de ser alguno de esos individuos. Quienes quieren la libertad sin esfuerzo, manifiestan que no la merecen.

Últimas noticias, una eventual «clonación» de humanos *amenazaría* con transformar nuestras sociedades en termiteras totalitarias. Es dudoso que haya que recurrir a tales medios para obtener este interesante resultado, cual es, para la dominación, la constitución de una masa homogénea de antropoides estereotipados.

En cuanto al problema que se les plantea a los comités de ética respecto a mantener infranqueable una frontera entre el animal y el hombre, ya está solucionado mediante una bestialización de la humanidad que no debe nada a manipulaciones llevadas a cabo en el sigilo de los laboratorios, sino que debe todo a condicionamientos que cada uno puede ver funcionando.

La humanización comenzada ha quedado inacabada y sus frágiles logros se están deshaciendo: el hombre era justamente ese ser al que nada pone límites, capaz de culminar su propia forma libremente, «a la manera de un pintor o de un escultor»

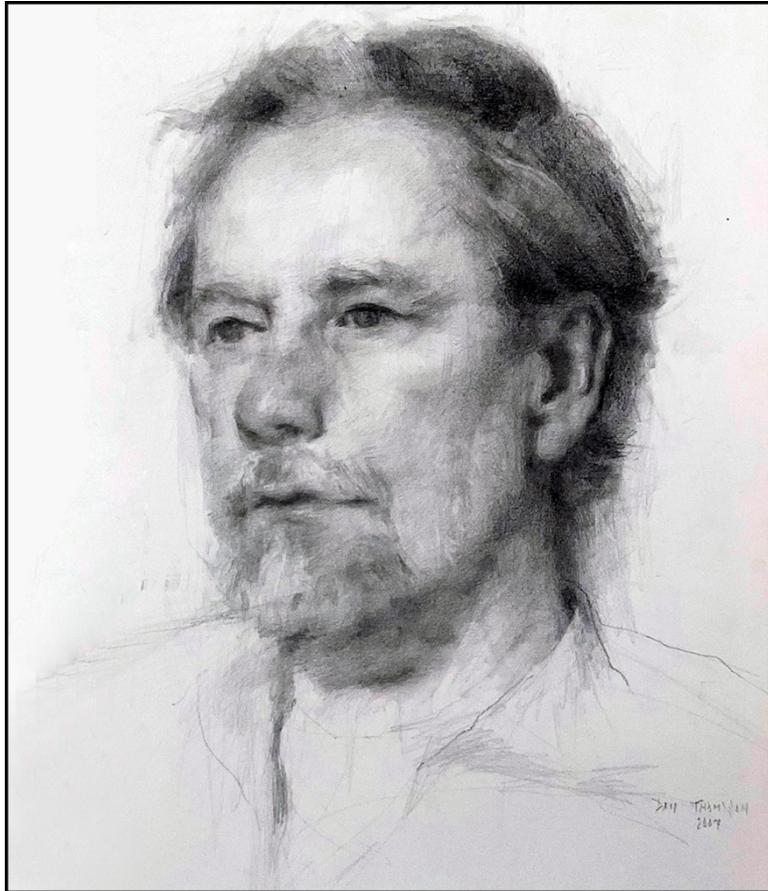
y, por tanto, también de degenerar hacia formas inferiores, dignas de la bestia. Lo que, según Chesterton, motivaba la hostilidad popular de su época hacia el darwinismo era menos una repugnancia a admitir nuestro origen simiesco que un presentimiento de lo que anunciaba sobre nuestro *devenir* simiesco semejante teoría de la evolución: la idea de que el hombre es indefinidamente maleable y adaptable ofrece realmente motivos para asustar cuando son los señores de la sociedad los que se adueñan de ella.

Para tranquilizarnos se nos explica que es gracias a la técnica como el hombre se ha humanizado y que, con sus centrales nucleares, sus ordenadores que almacenan la historia universal, sus manipulaciones genéticas, simplemente continua su humanización. De una premisa falsa (como lo ha mostrado Mumford y, a su manera, Lotus de Paini) se salta a una conclusión absurda, la cual tampoco sería menos absurda si la afirmación inicial fuera perfectamente exacta.

En efecto, qué se podría pensar de alguien que dijera: «El señor Tal se había construido una casa de dos pisos, una vivienda espaciosa para él y su familia. Pero no se contentó con dos pisos, construyó otros cuarenta o cuatrocientos o cuatro mil y no piensa pararse ahí. ¿Qué se le ocurriría a Ud. decir sobre eso? Ha proporcionado un abrigo a los suyos y *continúa*.» La torre insensata del señor Tal está condenada a desplomarse de un momento a otro sobre sus habitantes, cada planta nueva aumenta la amenaza, pero se sigue hablando de un *abrigo*.

Así precisamente es el discurso de los apologetas del desarrollo técnico infinito, con esta circunstancia agravante, que

ese discurso lo mantienen ante un montón de escombros: la casa, convertida en torre insensata, *ya se ha desplomado*. Y todo lo que había de tenebroso en este abrigo, las realidades oscuras sobre las que se basaban las identificaciones colectivas y el chantaje social, toda la parte de barbarie enterrada bajo el edificio de la civilización, todo esto emerge de nuevo de los sótanos y los cimientos y sale ahora a la luz.



ACERCA DEL AUTOR

JAIME SEMPRÚN nació en París en 1947. Además de incontables hojas, declaraciones y manifiestos, publicados anónimamente o bajo seudónimo, solo o acompañado (Los Incontrolados, EdN, Alliance contre toutes les Nuisances, etc.),

escribió, entre otros, los libros *La guerra social en Portugal*, *Apología por la insurrección en Argelia*, *Diálogos sobre el fin de los tiempos modernos*, *El abismo se repuebla*, *Precis de Recuperation* y *Defensa e ilustración de la neolengua*.

Colaboró en diversas publicaciones como *L'Assommoir*, *Nouvelles de nulle part* o *Resquicios*, entre otras. Dirigió la revista *L'Encyclopedie des Nuisances* y después la editorial del mismo nombre, en la que publicó además de sus propias obras a Günther Anders, Bernard Charbonneau, George Orwell o ChuangTse. En España sus textos han aparecido en diversas editoriales *de guerrilla* (El Salmón, Precipité, Muturreko burutazioak y Pepitas). En esta casa ha publicado, además de *El abismo se repuebla*, *La nuclearización del mundo* y el *Manuscrito encontrado en Vitoria*. En la actualidad preparamos la edición de sus obras completas.

Jaime Semprún murió en agosto de 2010